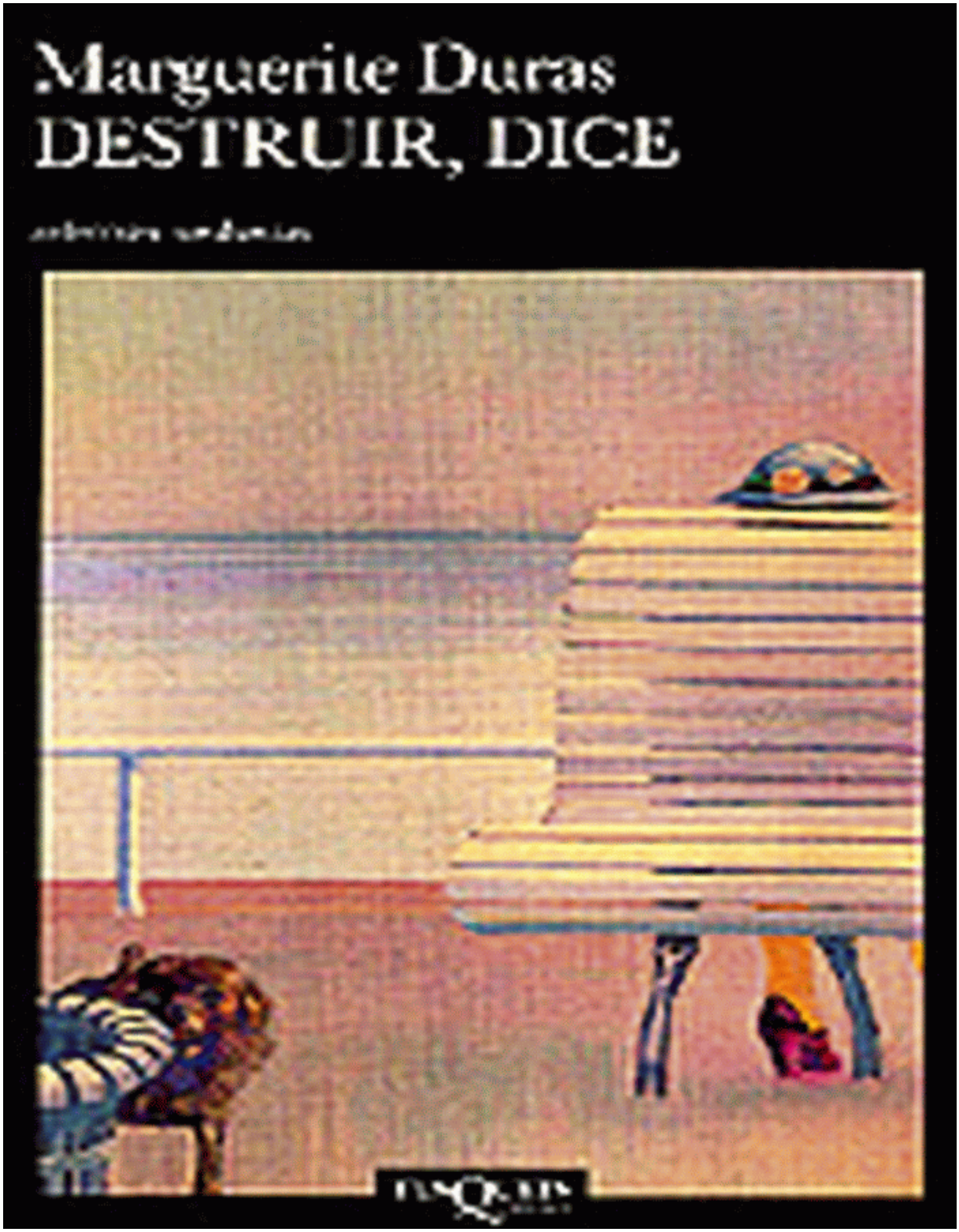
# DESTRUIR, DICE
## MARGUERITE DURAS




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

*Para Dionys Mascolo*

Tiempo nublado.

Los ventanales están cerrados.

Desde el lugar que él ocupa en el comedor no se puede ver el parque.

Ella, sí, ella ve, ella mira. Su mesa toca el borde de los ventanales.

A causa de la luz molesta entrecierra los ojos. Su mirada va y viene. Otros clientes también miran esos partidos de tenis que él no ve.

Él no ha pedido que le cambien de mesa.

Ignora que la miran.

Esta mañana llovió hacia las cinco.

Hoy las pelotas rebotan en un tiempo blando y pesado. Ella lleva un vestido de verano.

Delante de ella está el libro. ¿Empezado después que él llegara? ¿O ya antes?

Cerca del libro hay dos frascos de píldoras blancas. Las toma en cada comida. A veces abre el libro. Luego lo cierra casi enseguida. Mira el tenis.

En otras mesas otros frascos, otros libros.

Los cabellos son negros, grises negros, lisos, no son hermosos, secos. No se distingue el color de los ojos que, cuando ella se gira, continúan todavía desgarrados por la luz, demasiado directa, junto a los ventanales. Alrededor de los ojos, cuando se sonríe, la piel ya está delicadamente estriada. Es muy pálida.

Ninguno de los clientes del hotel juega al tenis. Son jóvenes de los alrededores. Nadie se queja.

-Esta juventud es agradable. Además son discretos.

Él es el único que lo ha notado.

-Uno se acostumbra a ese ruido.

Hace seis días, cuando él llegó, ella ya estaba ahí, con el libro delante y las píldoras, encerrada en una larga chaqueta y un pantalón negro. Hacía fresco.

Él había observado la elegancia, la forma, luego el movimiento, luego el sueño cada día en el parque y luego las manos.

Alguien llama por teléfono.

La primera vez ella estaba en el parque. Él no oyó el nombre. La segunda vez lo entendió mal.

Así que alguien llama por teléfono después de la siesta. Una consigna seguro.

Sol. Séptimo día.

Allí está otra vez, cerca de las pistas de tenis, en una tumbona blanca. Hay otras tumbonas vacías en su mayor parte, naufragadas cara a cara, en círculos, solas.

Después de la siesta es cuando la pierde de vista.

La mira desde el balcón. Duerme. Parece grande, así muerta, ligeramente quebrada en el pliegue de la cintura. Es frágil, delgada.

Las pistas están desiertas a esta hora. No se permite jugar durante la siesta. Se reanuda hacia las cuatro, hasta el crepúsculo.

Séptimo día. Pero en el sopor de la siesta estalla una voz de hombre, viva, casi brutal.

Nadie contesta. Alguien habló solo.

Nadie se despierta.

Ella es la única que está tan cerca de las pistas de tenis. Los otros están más lejos, al amparo de los setos o en el césped, al sol.

La voz que acaba de hablar resuena en el eco del parque.

Día. Octavo. Sol. Ha llegado el calor.

Ella, tan puntual, estaba ausente a mediodía cuando él entró en el comedor. Ha llegado cuando ya habían empezado a servir, sonriente, serena, menos pálida. Él sabía que no se había ido por el libro y las píldoras, por la mesa puesta, por la calma que había reinado esa mañana

en los pasillos del hotel. Ninguna llegada, ninguna salida. Sabía, razonablemente, que ella no se había ido.

Cuando llega, pasa cerca de su mesa.

Se queda de perfil frente al ventanal. La vigilancia en la que él la mantiene queda así facilitada.

Es bella. De un modo invisible.

¿Lo sabe?

-No. No.

La voz se pierde hacia la puerta del bosque.

Nadie contesta. Es la misma voz viva, casi brutal.

Hoy el cielo no tiene nubes. El calor aumenta, se instala, penetra en el bosque, en el parque.

-Resulta agobiante, ¿no le parece?

Han cubierto los ventanales con unos estores azules. Su mesa queda dentro de la luz azul de los estores. Sus cabellos se oscurecen. Sus ojos se azulan.

Hoy el ruido de las pelotas rebota en las sienes, el corazón.

Crepúsculo en el hotel. Bajo la luz de neón del comedor ella está otra vez allí, descolorida, avejentada.

De pronto, con un gesto nervioso, echa agua en su vaso, abre los frascos, saca unas píldoras, traga.

Es la primera vez que duplica la dosis.

Todavía hay luz en el parque. Casi todos se han ido. Los rígidos velos de los ventanales levantados dejan pasar el viento.

Ella se tranquiliza.

Él ha cogido el libro, el suyo propio, lo abre. No lee.

Llegan voces del parque.

Ella sale.

Ella acaba de salir.

Él cierra el libro.

Las nueve, crepúsculo, crepúsculo en el hotel y sobre el bosque.

-¿Me permite?

Él levanta la cabeza y le reconoce. Siempre estuvo ahí, en ese hotel, desde el primer día. Siempre le vio, sí, en el parque, o en el comedor, en los pasillos, sí, siempre, en la carretera delante del hotel, alrededor de las pistas, de noche, de día, dando vueltas por ese espacio, dando vueltas, solo. No es su edad lo que resalta sino sus ojos.

Se sienta, saca un cigarrillo, le ofrece uno.

-¿No le molesto?

-No, no.

-Yo también estoy solo en este hotel. Se da cuenta.

-Sí.

Ella se levanta. Pasa.

Él se calla.

-Cada noche somos los últimos, mire, ya no queda nadie.

Su voz es viva, casi brutal.

-¿Es usted escritor?

-No. ¿Por qué me habla hoy?

-Me cuesta dormir. Temo ir a mi cuarto. Doy vueltas presa de pensamientos

extenuantes.

Se callan.

-No me ha contestado. ¿Por qué hoy?

Le mira al fin.

-¿Lo esperaba?

-Es verdad.

Se pone de pie y le invita con un gesto.

-Vayamos a sentarnos junto a los ventanales ¿quiere?

-No vale la pena.

-Bueno.

No oyó sus pasos en la escalera. Tal vez se haya ido al parque, en espera de que acabara de hacerse de noche. No es seguro.

-Aquí sólo hay gente cansada, ¿lo sabía? Fíjese, no hay niños, ni perros, ni periódicos, ni televisión.

-¿Por eso viene usted aquí?

-No. Vengo aquí como iría a cualquier otro lugar. Cada año vuelvo. Soy como usted, no estoy enfermo. No. Tengo recuerdos unidos a este hotel. No le interesarían. Aquí conocí a una mujer.

-¿No ha vuelto ella?

-Debió de morir.

Dice todo con la misma voz, su habla es monótona.

-Entre otras hipótesis -agrega- me quedo con ésta.

-Sin embargo ¿vuelve para reencontrarla?

-No, no, creo que no. No vaya a creer que se trataba de una... no, no... Pero retuvo mi atención durante todo un verano. Eso es todo lo que pasó.

-¿Por qué?

Espera antes de contestar. Mira raramente a los ojos.

-No sabría decírselo. Se trataba de mí, de mí ante ella. ¿Entiende? ¿Y si fuéramos junto a los ventanales?

Se levantan, cruzan el comedor vacío. Se quedan de pie junto a los ventanales, frente al parque. Ella estaba ahí, sí. Camina siguiendo la reja de la pista de tenis, hoy de negro. Fuma. Todos los clientes están fuera. Él no mira al parque.

-Me llamo Stein -dice-. Soy judío.

Ahí está, ella pasa pegada a la marquesina. Ha pasado.

-¿Oyó mi nombre?

-Sí. Es Stein. Debe de hacer un tiempo muy agradable. Les creía acostados. Están todos fuera, fíjese.

-Hoy el ruido de las pelotas rebotaba en las sienes, el corazón, ¿no le parece?

-Sí, me parece.

Silencio.

-Mi mujer ha de venir a buscarme dentro de unos días. Nos vamos de vacaciones.

Su rostro liso se cierra aún más. ¿Se entristece?

-Vaya, no me lo imaginaba.

-¿Qué otra cosa imaginaba?

-Nada. ¿Entiende? No imaginaba nada.

Cuatro personas se ponen a jugar al croquet a esa hora de la noche. Se oyen sus risas.

-Qué animación -dice.

-No cambie de tema.

-Mi mujer es muy joven. Podría ser mi hija.

-¿Su nombre?

-Alissa.

-Pensaba que era usted un hombre libre de todo lazo con el exterior del hotel -sonríe-, nunca le llaman por teléfono. Nunca recibe correspondencia. Y ahora, de golpe, resulta que

llega Alissa.

Ella permanece de pie delante de un sendero (el que lleva al bosque), duda, luego se dirige al vestíbulo del hotel.

-Dentro de tres días. Alissa está con su familia. Hace dos años que estamos casados. Todos los años va a ver a su familia. Está allí desde hace unos diez días. Me cuesta recordar su cara.

Ella ha entrado. Son sus pasos. Cruza el pasillo.

-He vivido con varias mujeres -dice Stein-. Tenemos más o menos la misma edad, de modo que he tenido tiempo para las mujeres, pero nunca me casé con ninguna, y si bien me he prestado a la comedia del matrimonio, nunca acepté sin ese alarido interno del rechazo. Nunca.

Ahora ella está en la escalera.

-¿Y usted? ¿Es usted escritor?

-Llevo camino de serlo -dijo Stein-. ¿Entiende?

-Sí. Seguramente desde siempre.

-Sí. ¿Cómo lo adivinó?

Ahora ya ningún ruido de ninguna clase. Debe de haber llegado a su cuarto.

-¿Cómo? -pregunta Stein otra vez.

-Por su encarnizamiento en hacer preguntas. Para no lograr nada.

Se miran y se sonríen.

Stein señala delante de sí, el parque y más allá.

-Más allá de este parque -dice-, a unos diez kilómetros del hotel hay una explanada, célebre. Se ve el conjunto de las colinas sobre las que reposa el paisaje.

-¿Ahí es a donde van cuando el hotel está desierto por la tarde?

-Sí. Siempre regresan con el crepúsculo ¿se ha fijado?

Silencio.

-¿Y aparte de esa explanada?

-No he oído hablar de otra cosa que pudiera verse. De nada. No... De otra cosa, no. No hay más que bosque. Ahí está por todos lados.

La noche, a su vez, alcanza la copa de los árboles. No queda color alguno.

-Sólo conozco el parque -dice Max Thor-. No me he movido de aquí.

Silencio.

-Al final del camino central -dice Max Thor-, hay una puerta.

-Ah, ¿se ha fijado?

-Sí.

-No van al bosque.

-Ah, ¿también lo sabía? -dijo Stein.

-No. No. No lo sabía.

Silencio.

Luego Stein se va como llegó, sin vacilación, sin avisar. Abandona el comedor con su infatigable zancada. Una vez en el parque, aminora el paso. Se pasea entre los otros. Los mira sin ninguna discreción. Nunca les habla.

Sol y calor en el parque.

Ella se ha agitado en la tumbona. Se ha dado la vuelta y se ha dormido otra vez con las piernas estiradas, sueltas, con la cabeza ceñida por un brazo. Hasta hoy él había evitado pasar ante ella. Hoy, al volver del fondo del parque, lo hace, pasa ante ella. El ruido de sus pisadas sobre la grava penetra en la inmovilidad del cuerpo dormido que se estremece. El brazo se alza un poco y, debajo, unos ojos abiertos le ven con una mirada vacía. Él pasa. El cuerpo recupera su inmovilidad. Los ojos vuelven a cerrarse.

Stein se hallaba en la escalinata del hotel con aire ausente. Se cruzan.

-Sigo temblando -dice Stein con una incertidumbre temblorosa.

Noche. Salvo algunos resplandores de trasluz en el fondo del parque, noche.

Ahora Stein está ahí casi cada noche junto a él. Llega después de la cena. Ella sigue en la mesa. A su derecha queda una última pareja que se demora. Ella, ella espera. ¿Qué?

Súbito destello mortecino de la última luz.

Ellos, Stein y él, han abandonado la mesa. Se han arrellanado en unos sillones en el sitio opuesto al que ocupa ella. Hay una lámpara encendida. Dos espejos reciben el ocaso.

-Llaman por teléfono a la señora Elisabeth Alione.

Una voz nítida, alta, de aeropuerto, ha avisado. Stein no se ha movido.

Ella se levanta. Atraviesa el comedor. Su andar es suelto. Sonríe maquinalmente al pasar cerca de los sillones. Desaparece en la entrada.

Sale la última pareja. En el silencio ningún sonido llega desde la cabina telefónica que se encuentra detrás de la recepción, en la otra ala del hotel.

Stein se levanta y va hacia los ventanales.

Apagan las luces del fondo del comedor.

No deben de saber que aún queda gente.

-Esta noche ya no volverá -dice Stein.

-¿Conocía su nombre?

-Debía de saberlo, debo de haberlo sabido y lo he olvidado. No me ha sorprendido.

Mira hacia el parque con gran atención.

-Están todos fuera -dice-. Menos ella. Y nosotros. No le gusta la noche.

-Se equivoca, va al parque después de cenar.

-Muy poco tiempo. Y huye.

Se acerca con paso calmo y vuelve a sentarse a su lado. Le observa largamente, inexpresivo.

-Esta noche -dice Stein- mientras estaba en el parque, le vi en su mesa escribiendo algo con lentitud y dificultad. Su mano permaneció largo tiempo encima de la página. Después volvió a escribir. Y después de pronto abandonó. Se puso de pie y se asomó al balcón.

-Me cuesta dormir. Soy como usted.

-Nos cuesta dormir.

-Sí. Escucho. Los perros. Los crujidos de las paredes. Hasta el vértigo. Entonces escribo algo.

-Así es, sí... ¿Una carta?

-Tal vez. Pero ¿a quién? ¿A quién? En el silencio de la noche, aquí, en este hotel vacío, a quién dirigirse, ¿no es verdad?

-Qué exaltación -dice Stein- nos entra en la noche a usted y a mí, es verdad. Camino por el parque. A veces escucho mi voz.

-Le he visto algunas veces. También le he oído antes de salir el sol.

-Así es, sí. Soy yo. Con los perros a lo lejos, soy yo el que habla.

Se miran en silencio.

-¿Lo lleva encima?

-Sí.

Saca del bolsillo el sobre blanco y se lo tiende a Stein. Stein lo abre, desdobla, se calla, lee.

-«Señora -lee Stein-. Señora, hace diez días que la miro. Hay en usted algo que me fascina y me trastorna, algo de una naturaleza que no logro, no logro, averiguar.»

Stein se para y prosigue.

-«Señora, quisiera conocerla sin esperar nada para mí.»

Stein guarda la hoja en el sobre y lo deja encima de la mesa.

-Qué tranquilidad -dice Stein-. ¿Alguien creería que pasamos noches tan duras?

Stein se recuesta en su sillón. Tienen los dos la misma postura.

-¿No sabe usted nada? -pregunta Stein.

-Nada. Sólo ese rostro. Y ese sueño.

Stein enciende la lámpara entre los dos sillones y le mira.

Silencio.

-Ella no recibe correspondencia, ella tampoco -prosigue Stein-. Pero alguien la llama por teléfono. En general después de la siesta. Lleva una alianza. Nadie ha venido todavía.

Silencio.

Stein se endereza lentamente y sale.

Durante la ausencia de Stein él se levanta, va hacia la mesa de Elisabeth Alione, hace un gesto hacia el libro cerrado. No lo completa, no gira el libro.

Stein vuelve con el registro del hotel. Van a sentarse otra vez bajo la lámpara.

-A esta hora nunca están en recepción -dice-, es fácil.

Hojea el registro y vuelve a detenerse.

-Aquí está -dice Stein.

-Alione -dice Stein con mucha claridad; pronuncia despacio, su voz ha bajado-, Alione. Nombre de soltera: Villeneuve. Nacida en Grenoble el 10 de marzo de 1931. Sin profesión. Francesa. Domiciliada en la avenida Magenta, 5, en Grenoble. Llegada el 2 de julio.

Stein hojea el registro y vuelve a detenerse.

-Aquí está usted -dice Stein-. Tocándola. Thor. Max Thor, nacido en París el 20 de junio de 1929. Profesor. Francés. Domiciliado en la calle Camille-Dubois, 4, en París. Llegada el 4 de julio.

Cierra el registro. Sale y regresa enseguida. Vuelve a sentarse al lado de Max Thor que sigue tumbado.

-Ya sabemos algo -dice-. Vamos adelantando poco a poco. Sabemos lo de Grenoble. Y las palabras: Villeneuve, Elisabeth, y Villeneuve a los dieciocho años.

Stein parece escuchar algo. Alguien camina en el primer piso.

-Han subido a acostarse -dice-. Si quiere, ahora, podríamos pasear un poco por el parque. Aún hay luz en las ventanas de las habitaciones.

Max Thor no se mueve.

-Alissa -dice Max Thor-, Alissa. La espero con impaciencia.

-Vamos -dice suavemente Stein.

Se levanta. Se alejan. Antes de llegar a la salida, Stein señala la mesa donde está la carta.

-¿La dejamos encima de la mesa? -pregunta.

-Nadie suele venir por aquí -dice Max Thor-. No tiene nombre.

-¿La deja para Alissa?

-Ah... quizá para Alissa, sí -dice Max Thor.

Señala el sitio de Elisabeth Alione, su mesa.

-Hace ocho días que lee la misma novela -dice-. El mismo formato, la misma tapa. Debe de empezarla, olvidar lo que ha leído, volver a empezar, sin fin. ¿Lo sabía?

-Sí.

-¿Qué libro es?

Stein reflexiona.

-Puedo mirar si quiere. Me puedo permitir ciertas cosas que usted no haría nunca, comprende.

-Haga lo que quiera.

Stein va hasta la mesa de Elisabeth Alione, abre el libro en la portadilla, vuelve.

-No es nada -dice Stein-, nada. Una novela para el tren. Nada.

-Era lo que había imaginado -dice Max Thor-. Nada.

Día deslumbrante. Ha llovido por la mañana. Domingo.

-Mis hermanos vinieron con sus mujeres y sus hijos -dice Alissa-. La casa estaba llena.

Elisabeth Alione abre el libro. Max Thor escucha a Alissa.

-Era bastante divertido, la verdad, sobre todo de noche. Mamá sigue siendo muy joven.

Elisabeth Alione cierra el libro. Hay tres cubiertos en su mesa. Mira hacia la puerta del comedor. Va de negro. Los ventanales están cerrados.

-¿No has cambiado de opinión? ¿Seguro que iremos en Navidad?

-Me gustaría ir algunos días, sí.

-Me pregunto por qué te aburres con ellos -dice Alissa sonriendo-. No son más aburridos que la demás gente... no lo creo.

-Allí me siento un poco desplazado. No soy mucho más joven que tu madre.

-A veces he pensado que yo era demasiado joven.

Max Thor parece sorprendido.

-Nunca se me ocurrió -dice-. Salvo en lo que se refiere al final de mi vida que sin duda será solitario. Pero ya ves, he aceptado este abandono desde el primer día.

-Yo también.

Ríen. Y mientras Stein atraviesa el comedor, Elisabeth Alione se levanta y también ríe en dirección a la puerta: un hombre y una niña acaban de entrar. Alissa mira al hombre.

-Un provinciano de buen ver -dice Alissa.

-Anita -dice Elisabeth Alione.

La voz llega de lejos, dulce, prevista. Se han besado.

Se han sentado.

-¿Quién hay en este hotel?

-Gente enferma -sonríe, burlón-. Me di cuenta de repente el domingo pasado: las familias vienen por la mañana y se marchan al atardecer. No hay niños.

Alissa se gira y mira.

-Es verdad... Entonces, ¿no quieres marcharte enseguida?

-¿Te dije eso?

-En la habitación, cuando llegué.

-Oh, espera unos cuantos días, aunque también podemos irnos mañana a primera hora como estaba decidido.

Silencio.

-¿Tal vez no tienes ganas de viajar este año? -pregunta Alissa apresurada. Sonríe-. Ya has viajado mucho...

-No es eso.

Se miran.

-Me siento bien aquí, como feliz.

Anita debe de tener catorce años.

El marido de Elisabeth Alione es tal vez más joven que ella.

-¿Cómo feliz? -pregunta Alissa.

-Quería decir: cómodo.

Stein vuelve a pasar y dirige un breve saludo a Max Thor. Alissa mira muy atentamente a Stein.

-Es un tal Stein. A veces hablamos.

Empiezan a salir las primeras parejas. Alissa no las ve.

-Stein -dice Max Thor-. Judío también.

-Stein.

-Sí.

Alissa mira hacia los ventanales.

-Es verdad que este hotel es muy agradable -dice-. Sobre todo por ese parque.

Ella escucha.

-¿Dónde están las pistas?

-Abajo, casi tocando al hotel.

Alissa se inmoviliza.

-Está el bosque.

Ella lo mira, de pronto sólo mira el bosque.

-Sí.

-¿Es peligroso? -pregunta.

-Sí. ¿Cómo lo sabes?

-Lo miro -dice-, lo veo.

Ella reflexiona, con los ojos siempre más allá del parque, hacia el bosque.

-¿Por qué es peligroso? -pregunta.

-No lo sé, igual que tú. ¿Por qué?

-Porque le tienen miedo -dice Alissa.

Se apoya en su silla, lo mira, lo mira.

-Ya no tengo hambre -dice.

De pronto su voz ha cambiado. Se ha ensordecido.

-Me siento profundamente feliz de que estés aquí.

Ella se gira. Su mirada regresa. Lentamente.

-Destruir -dice.

Él le sonríe.

-Sí. Vamos a subir a la habitación antes de ir al parque.

-Sí.

Elisabeth Alione llora en silencio. No es una escena. El hombre ha golpeado ligeramente en la mesa. Nadie puede ver que ella está llorando, excepto él que no la mira.

-No he tratado a nadie. Salvo a ese Stein.

-¿No se te ha escapado la palabra «feliz» hace un momento?

-No..., no creo.

-Feliz en este hotel. Feliz, es curioso.

-Yo mismo estoy un poco sorprendido.

Elisabeth Alione llora de ganas de irse del hotel. Él no quiere. La niña se ha levantado y se ha ido al parque.

-¿Por qué llora esa mujer? -pregunta en voz baja Alissa-. Esa mujer detrás de mí.

-¿Cómo lo sabes? -grita Max Thor.

Nadie se gira.

Alissa piensa. Y con un gesto le indica que no lo sabe. Max Thor ha vuelto a serenarse.

-Esto suele ocurrir cuando hay visitas -dice.

Ella le mira.

-Estás cansado.

Él sonríe.

-No duermo.

Ella no se asombra. La voz vuelve a ensordecerse.

-¿Será que a veces el silencio te impide dormir, el bosque, el silencio?

-Quizá sí.

-¿La habitación del hotel?

-También, sí.

La voz ahora es casi imperceptible. Los ojos de Alissa son inmensos, profundamente azules.

-No es mala idea quedarse algunos días -dice.

Se levanta. Titubea. En el comedor sólo quedan Elisabeth y su marido. Stein ha vuelto.

-Voy al parque -murmura Alissa.

Max Thor se levanta. Se cruza con Stein en la entrada del hotel. Resplandece de felicidad.

-No me había dicho que Alissa estaba loca -dice Stein.

-No lo sabía -dice Max Thor.

Parque. De día. Domingo.

El grupo formado por Elisabeth Alione y su familia se acerca a Alissa y a Max Thor. Pasa ante ellos. Se dirigen al vestíbulo. Se oye una voz de hombre:

-El doctor ha sido claro, tienes que dormir.

Elisabeth lleva a Anita cogida de la cintura. Sonríe.

-Volveremos una última vez -voz de niño.

¿Alissa mira? Sí.

Descansan a la sombra de un árbol. Elisabeth regresa despacio. Alissa cierra los ojos. Elisabeth se tiende en la tumbona. Cierra a su vez los ojos. En su rostro desaparece poco a poco la sonrisa para dar paso a la ausencia de cualquier expresión.

-¿Es una enferma? -pregunta Alissa.

Ha hablado en voz baja y apagada.

-Sin duda. Cada día duerme por la tarde.

-Ya sólo se oyen los pájaros -dice Alissa y gime.

Cierra a su vez los ojos.

Silencio. Viento.

Elisabeth Alione abre los ojos, extiende una manta blanca sobre ella.

Silencio.

-No te preocupes -dice Max Thor.

-Ha ocurrido algo, ¿verdad?

-No lo sé.

Aparece Stein. Sale del hotel.

-¿Puedo comprender?

-Sí.

Stein no se detiene ante ellos pero les mira. Siguen con los ojos cerrados. Además están pálidos. Stein se aleja con zancadas vacilantes hacia el fondo del parque.

-Hay en este hotel algo que me perturba y me retiene. No lo conozco bien. No pretendo conocerlo mejor. Otros podrían decir que se trata de deseos muy antiguos, de sueños tenidos en la infancia...

Alissa no se mueve.

-Escribir, quizá -dice Max Thor-. Pues todo sucede, aquí, como si yo comprendiera que se puede... -sonríe con los ojos cerrados- cada noche, desde que llegué a este hotel, estoy a punto de empezar... no escribo, nunca escribiré... sí, cada noche altera lo que escribiría si escribiera.

-Así que eso sucede de noche.

-Sí.

Silencio. Tiene los ojos cerrados.

-Tienes aire de felicidad -dice ella.

Silencio.

-Te estaba hablando.

-Sí. No entiendo. Todavía no lo entiendo -dice ella.

Él no contesta.

Vuelve Stein.

Max Thor no le ve.

Stein se dirige hacia ellos.

-Aquí está Stein -dice Alissa.

-Déjale, que venga -grita Max Thor. Le llama-: Stein, estamos aquí.

-Ya viene.

Ahí está Stein.

-He regresado demasiado pronto -le grita Alissa.

Stein no contesta. Mira el parque, a la gente que duerme. Nadie se ha movido en todo

ese rato. Stein, erguido por encima de Alissa, la mira.

-No lo entiendo, todavía no lo entiendo -le grita Alissa.

Stein, erguido por encima de Alissa, la mira, la mira.

-Alissa -dice-, él la esperaba, contaba los días.

-Precisamente -grita Alissa.

Stein no contesta. Max Thor parece sumido en un profundo reposo desde que Stein ha llegado.

-¿Tal vez nos queremos demasiado? -pregunta Alissa-. ¿Tal vez el amor es demasiado grande -exclama- entre él y yo, demasiado fuerte, demasiado, demasiado?

-¿Entre él y yo? -sigue gritando Alissa-. ¿Entre él y yo solamente habría demasiado amor?

Stein no contesta.

Ella deja de gritar. Empieza a mirar a Stein.

-Nunca más volveré a gritar -dice Alissa.

Le sonríe. Sus ojos son inmensos y de un azul profundo.

-Stein -dice muy bajo.

-Sí.

-Stein, estaba sin mí, de noche, en su cuarto. Todo había vuelto a existir sin mí, también la noche.

-No -dice Max Thor-, es imposible que en adelante la noche exista sin ti.

-Pero yo no estaba aquí -grita débilmente Alissa-, ni en la habitación ni en el parque.

Silencio. Brutalmente, el silencio.

-En el parque -dice Stein-, sí. Ya estaba en el parque.

Ella le señala que sigue con los ojos cerrados.

-¿A lo mejor no lo sabe? -le pregunta a Stein-. ¿No sabe lo que le ha ocurrido?

-No lo sabe -dice Stein.

-Ya no era indispensable reencontrarte -dice Max Thor.

Abre los ojos, les mira. Ellos no le miran.

-Eso es lo que sé -dice.

-No vale la pena sufrir, Alissa -dice Stein-. No vale la pena.

Stein se sienta en la grava, mira el cuerpo de Alissa, olvida. Más allá, Elisabeth Alione se ha girado hacia el vestíbulo del hotel. Ha vuelto a dormirse.

Silencio. Silencio sobre Alissa.

-Stein -pregunta Alissa-, ¿duerme usted en el parque?

-Sí, en diferentes lugares del parque, justamente.

Max Thor tiende la mano y toma la de Alissa, helada, su mujer cuartelada en una mirada azul.

-Deje de sufrir, Alissa -dice Stein.

Stein se acerca, apoya su cabeza en las piernas desnudas de Alissa. Las acaricia, las besa.

-Cómo te deseo -dice Max Thor.

-Cómo la desea -dice Stein-, cómo la ama.

Crepúsculo. Gris.

Aún hay suficiente luz para jugar al tenis. Las pelotas rebotan en el crepúsculo gris.

Junto a los ventanales también, aún hay claridad. Mientras que en el fondo del comedor ya se han encendido las lámparas.

Los ventanales están abiertos. Continúa el calor. Elisabeth Alione se levanta y va hacia la abertura de los ventanales. Mira las pistas de tenis, luego el parque.

-No te conocería todavía -dice Alissa-, no nos hubiéramos dicho una palabra. Estaría en esa mesa. Tú, en otra mesa, solo, como yo -se detiene-, no estaría Stein, ¿no es cierto? ¿Todavía no?

-Todavía no. Stein llega más tarde.

Alissa mira fijamente la parte oscura del comedor, la señala con el dedo.

-Ahí -dice-, tú estarías ahí. Tú, ahí. Yo, aquí. Estaríamos separados. Separados por las mesas, las paredes de las habitaciones -aparta sus puños cerrados y grita suavemente-: todavía separados.

Silencio.

-Vendrían nuestras primeras palabras -dice Max Thor.

-No -grita Alissa.

-Nuestras primeras miradas -dice Max Thor.

-Quizá, no, no.

Silencio. Sus manos están de nuevo sobre la mesa.

-Intento comprender -dice ella.

Silencio. Elisabeth Alione está en la abertura de los ventanales, con el cuerpo inclinado por el agujero de aire gris debajo del cristal levantado.

-¿Qué pasaría? -pregunta Max Thor.

Ella intenta, intenta.

-Un crepúsculo gris -dice al fin. Lo muestra-. Yo miraría el tenis y tú te acercarías. No oiría nada. Y de pronto estarías cerca. Tú mirarías también.

No ha nombrado a Elisabeth Alione que mira.

Silencio sobre el hotel. ¿Terminó el tenis?

-Intentas comprender -dice ella-, tú también.

-Sí. ¿Habría una carta quizá?

-Sí, una carta, quizá.

-«Hace diez días que la miro» -dice Max Thor.

-Sí. Sin dirección, tirada. Yo sí la encontraría.

No, otra vez el tenis. Las pelotas saltan en un crepúsculo líquido, un lago gris. Elisabeth Alione toma una silla, se sienta sin ruido. El partido es animado.

-Pero ya está hecho ¿no es verdad?

Él duda.

-Tal vez -dice.

-Es verdad. Tal vez no sea seguro.

Sonríe, inclinada hacia él.

-¿Deberíamos separarnos todos los veranos -dice-, olvidarnos, como si fuera posible?

-Es posible -la llama-: Alissa, Alissa.

Está sorda. De repente su dicción es lenta, clara.

-Es cuando estás aquí que puedo olvidarte -dice ella-. ¿Hasta dónde llegó ese libro? ¿Piensas en ese libro?

-No. Te estoy hablando.

Ella se calla.

-¿Quién es el personaje de ese libro?

-Max Thor.

-¿Qué hace?

-Nada. Alguien mira.

Ella se gira hacia Elisabeth Alione que, de perfil, mira las pistas, con el busto erguido.

-¿Por ejemplo, una mujer? -pregunta Alissa.

-Por ejemplo, sí. Tú, si no te conociera, o esa mujer que mira.

-¿Qué?

-Creo que las pistas de tenis.

Se diría que Alissa no ha comprendido la alusión a Elisabeth Alione.

-La gente las mira mucho. Aun cuando están desiertas, aun cuando llueve. Es una ocupación maquinal.

-En el libro que no he escrito sólo estabas tú -dice Alissa.

-Con qué fuerza -dice Max Thor riendo-, con qué fuerza se impone a veces el no escri-

birlo. Nunca escribiré libros.

-¿Puede decirse algo semejante?

-De manera deliberada, sí.

-Stein escribirá -dice Alissa-. Así que no necesitamos escribir.

-Sí.

Elisabeth Alione con andar tranquilo abandona la claridad de los ventanales. Roza las mesas vacías, también la de ellos. Tiene los ojos bajos. Max Thor desvía su mirada muy ligeramente hacia Alissa, Alissa que la mira sin atención especial, al parecer.

Ha salido. Se callan.

-¿Así que habría que decir algo sobre las pistas de tenis? -pregunta Alissa.

-Sí. Sobre las pistas de tenis que son miradas.

-¿Por una mujer?

-Sí. Distraída.

-¿Por qué cosa?

-Por nada.

-Sobre las pistas desiertas, la noche -continúa Alissa-, ¿también habría que decir algo?

-Sí.

-Parecen jaulas -sueña Alissa-. ¿Inventarías en tu libro?

-No. Describiría.

-¿A Stein?

-No. Stein mira por mí. Describiría lo que Stein mira.

Alissa se levanta, va hacia los ventanales, vuelve. Max Thor mira la forma frágil de su cuerpo.

-Quería ver lo que ella miraba -dice Alissa.

-Eres tan joven -dice Max Thor-, que cuando caminas...

Ella no contesta.

-¿Qué haces durante todo el día? ¿Y de noche?

-Nada.

-¿No lees?

-No. Hago como si lo hiciera.

-¿Por dónde andas en ese libro?

-Por preámbulos sin fin.

Él se ha levantado. Se miran. Ella tiene los ojos brillantes.

-Es un tema hermoso -dice Alissa-. El más hermoso.

-A veces hablo con Stein. Este estado sólo puede durar unos cuantos días.

Ella se encuentra en sus brazos. Y le rechaza.

-Vete a ese parque -dice ella-. Desaparece en ese parque. Que te devore.

Y cuando se besan las luces se apagan y se encienden, como una designación, esos dos sitios en el fondo del comedor.

-Iré -dice Alissa-. Iré al parque contigo.

Max Thor sale. Alissa corre hacia el sillón y se derrumba en él con la cabeza entre las manos.

Noche completa.

Las farolas del parque están encendidas. En el comedor la forma de Alissa sigue en el sillón. Aparece Stein. Va hacia Alissa. Se sienta a su lado sin una palabra, tranquilo. Sobre la mesa está el sobre blanco.

-Alissa -llama al fin-. Soy Stein.

-Stein.

-Sí. Estoy aquí.

Ella no se mueve. Stein se desliza hasta el suelo y apoya su cabeza en las rodillas de Alissa.

-No la conozco, Alissa -dice Stein.

-¿Tal vez ha dejado él de quererme de cierta manera?

-Fue aquí donde comprendió que ya no podía imaginar su vida sin ti.

Se callan. Apoya sus manos en el cuerpo de Alissa.

-Formas parte de mí, Alissa. Tu cuerpo frágil forma parte de mi cuerpo. Y te ignoro.

Una voz nítida y alta de aeropuerto suena en el parque:

-Llaman por teléfono a Elisabeth Alione.

-Qué hermoso nombre tiene esa mujer -dice Alissa-, esa desconocida que miraba las pistas antes de que tú llegaras. Elisabeth Alione. Es un nombre italiano.

-Ya estaba aquí cuando él llegó.

-¿Siempre sola?

-Casi siempre. Su marido viene algunas veces.

-¿Ese imbécil que ayer estaba en su mesa era él?

-Sí.

-Ella lloraba. Es más, siempre parece que ha dormido poco. Toma calmantes. La he visto. Debe de tomar más de los que debiera.

-Es lo que dicen.

-Sí. No es una mujer impresionante a primera vista, pero luego empieza a serlo... Es extraño... Camina bien. Y su sueño es ligero, casi infantil...

Se endereza y toma entre sus manos la cabeza de Stein.

-No puedes hablarme, ¿verdad?

-No.

-Es la primera vez entre él y yo que se hace imposible hablarnos. Que me oculta algo...

-Sí.

-No sabe muy bien qué, ¿verdad?

-Sólo sabe que todo desaparecería contigo.

Ella toma la carta con un gesto lento, abre el sobre.

-Stein, mira conmigo.

Uno al lado del otro, casi confundidos, leen:

-«Alissa sabe -lee Stein-. Pero ¿qué sabe?»

Alissa vuelve a guardar la carta en el sobre y lo rompe con mucha calma.

-La escribí para ti -dice Stein-, cuando no sabía que ya habías adivinado todo.

Van abrazados hasta los ventanales.

-¿Ha vuelto de hablar por teléfono? -pregunta Alissa.

-Sí.

-¿Y él no está lejos de ella? ¿No habla con alguien? Mira, Stein. Mira por mí.

-No, con nadie. Nunca habla con nadie. Hay que arrancarle las palabras. Se limita a contestar cuando le hablan. Toda una parte de él es así, muda. Está sentado y espera.

-Hacemos el amor -dice Alissa-, todas las noches hacemos el amor.

-Lo sé -dice Stein-. Dejáis la ventana abierta y os veo.

-La deja abierta para ti. Para que nos veas.

-Sí.

Sobre la boca dura de Stein, Alissa ha apoyado su boca de niña. Y él habla así.

-¿Nos ves? -dice Alissa.

-Sí. No os habláis. Cada noche espero. El silencio os clava en la cama. La luz ya no se apaga. Una mañana os encontrarán, informes, juntos, una masa de alquitrán y no entenderán. Salvo yo.

Día en el parque. Sol.

Alissa Thor y Elisabeth Alione, a diez metros la una de la otra, están tumbadas. Alissa, con los ojos entreabiertos, mira a Elisabeth Alione.

Elisabeth Alione duerme con el rostro descubierto ligeramente inclinado sobre el

hombro. Su cuerpo está sembrado de manchas de luz que se filtran por la sombra del árbol. El sol está detenido. El aire totalmente en calma. Bajo el efecto de deslumbramientos sucesivos, Alissa descubre, descubre el cuerpo debajo del vestido, las largas piernas de muslos planos, de corredora, la extraordinaria flexibilidad de las manos adormecidas, que cuelgan al final de los brazos, la cintura, la masa seca de los cabellos, el lugar de los ojos.

Detrás del ventanal del comedor, Max Thor mira hacia el parque. Alissa no le ve. Está vuelta hacia Elisabeth Alione. Max Thor sólo ve de Alissa el sueño fingido, los cabellos y las piernas en la tumbona.

Max Thor permanece un momento de cara al parque. Cuando se gira, Stein está a su lado.

-Todos se han ido a pasear -dice Stein-. Estamos solos.

Silencio.

Los ventanales están abiertos al parque.

-Qué calma -dice Stein-. Se oye cómo respiran.

Silencio.

-Alissa sabe -dice Max Thor-. Pero ¿qué sabe?

Stein no contesta.

Alissa se ha levantado. Anda descalza por el camino. Deja atrás a Elisabeth Alione. Parece dudar. Sí. Vuelve sobre sus pasos, llega a la altura de Elisabeth Alione y, durante unos segundos, permanece frente a ella. Después, va hacia su tumbona y la desplaza unos metros, más cerca de Elisabeth Alione.

El rostro de Max Thor, como suspendido, se gira de repente. Stein no se mueve.

Elisabeth Alione se despierta lentamente. La ha despertado el roce de la tumbona sobre la grava.

Se sonríen.

Max Thor, que retrocedía, aún no mira. Está tieso. Tiene los ojos medio cerrados.

-El sol le caía encima -dice Alissa. -Puedo dormir a pleno sol.

-Yo no lo consigo.

-Es costumbre. En la playa duermo igual de bien.

-Ha hablado -dice Stein.

Max Thor se acerca a Stein. Mira.

-Su voz es la misma que usaba con Anita -dice.

-¿Igual de bien? -pregunta Alissa.

-Vivo en un país frío -dice Elisabeth Alione-. Nunca tengo bastante sol.

En la sombra, los ojos azules de Alissa se inquietan.

-Acaba de llegar.

-No, hace tres días que estoy aquí.

-Vaya...

-En el comedor no estamos lejos la una de la otra.

-Veo muy mal -dice Elisabeth Alione y sonríe-, no veo nada. Normalmente llevo gafas.

-¿Aquí, no?

Hace una leve mueca.

-No. Aquí estoy convaleciente. Así descanso la vista.

-¿Dónde conoció a Alissa? -pregunta Stein.

-Dormida -dice Max Thor-, en mi curso.

-Bien -dice Stein-, bien.

-Les ocurre a casi todos mis alumnos. He olvidado cualquier contacto.

-Ah, bien, bien.

-¿Convaleciente? -pregunta Alissa. Elisabeth Alione entrecierra los ojos para ver a esa mujer que escucha con tanta atención.

-Estoy aquí por culpa de un parto que salió mal. El bebé murió al nacer. Era una niña.

Se yergue del todo, pasa las manos por sus cabellos, le sonríe a Alissa con dificultad.

-Tomo medicamentos para dormir. No hago más que dormir.

Alissa se ha sentado a su vez.

-¿Debió de ser un shock nervioso bastante fuerte?

-Sí. Ya no podía dormir.

La voz se ha hecho más lenta.

-Y además había tenido un embarazo difícil.

-Y ahora viene la mentira -dice Max Thor.

-Aún está lejos. -Ella aún la ignora, sí.

-¿Un embarazo difícil? -pregunta Alissa.

-Sí. Muy difícil.

Se callan.

-¿Piensa mucho en eso?

Ante el golpe de esta pregunta se ha estremecido. Sus mejillas están menos pálidas.

-No lo sé -se recobra-, quiero decir, como no debo pensar en eso, ¿no es cierto...? y además duermo mucho... me hubiera podido ir al sur, a casa de mis padres. Pero el doctor dijo que era necesario que estuviera totalmente sola.

-La destrucción capital pasará primero por las manos de Alissa -dice Stein. ¿Comparte esta opinión?

-Sí. Y usted, a su vez, ¿comparte esta otra?: ella no deja de correr peligro.

-Sí -dice Stein-. Comparto esa opinión sobre Alissa.

-¿Sola, del todo? -pregunta Alissa.

-Sí.

-¿Cuánto tiempo?

-Tres semanas. Llegué el dos de julio.

Una oleada de profundo silencio pasa sobre el hotel y el parque. Elisabeth Alione se ha estremecido.

-¿No ha pasado alguien -señala un lugar- por el fondo del parque?

Alissa mira a su alrededor.

-Si es alguien, sólo puede ser Stein -dice Alissa.

Silencio.

-Tal vez le convendría hacer un esfuerzo sobre usted misma, sola, sin la ayuda de nadie -dice Alissa.

-Quizá. No hice preguntas.

Se diría que espera, mira el parque con atención.

-La gente pronto volverá del paseo -dice.

-Mira el vacío -dice Stein-. Es lo único que mira. Pero bien. Ella mira bien el vacío.

-Eso es -dice Max Thor-, esa mirada es lo que...

-Volverán -dice Alissa-, sí.

-Oh... quisiera despertarme -dice.

Se levanta de pronto como impulsada por un malestar. Alissa no se mueve.

-¿Le dijeron que caminara un poco todos los días?

-Sí. Una media hora. No está contraindicado.

Elisabeth acerca su tumbona a Alissa y vuelve a sentarse. Están cerca. Elisabeth Alione tiene los ojos muy claros.

El esfuerzo de la mirada hacia Alissa resulta muy visible. Y he aquí que Elisabeth Alione descubre el rostro de Alissa.

-Podemos caminar juntas si quiere... -dice.

-Dentro de un rato -contesta Alissa.

-¿Ha deseado a Alissa desde que la conoció? -pregunta Stein.

-No -Elisabeth sonríe-, soy una persona tímida. Y además no me aburro, tomo demasiados medicamentos para aburrirme... Oh, pasará rápido. Unos cuantos días más...

Alissa se calla. Elisabeth Alione mira hacia los ventanales. Stein y Max Thor acaban de abandonarlos. Están en el parque.

-¿Cuántos?

-Ocho días... Más bien el que se aburre es mi marido... Viene a verme el domingo con mi hija. Ella estaba aquí ayer.

-La vi. Ya está crecida.

-Catorce años y medio. No se me parece en nada.

-Se equivoca. Todavía se le parece.

-¿Qué quiere decir?

-Que los parecidos... es algo falso. Camina como usted. Miraba como usted las pistas, cuando usted se puso a llorar.

Elisabeth mira el suelo.

-Oh -dice-, no pasaba nada, niñerías. Era por ella, por Anita. Me cuesta separarme.

-Aún no tengo hijos -dice Alissa-. Hace poco que estoy casada.

-Oh -mira furtivamente a Alissa-, tiene tiempo. ¿Su marido está aquí?

-Sí. Un hombre solo. Su mesa está en el fondo, a la izquierda, en el comedor. ¿Se da cuenta de quién es?

-Lleva gafas, ya no es muy joven, en fin...

-Así es..., podría ser su hija.

Elisabeth Alione intenta recordar.

-Pero, hace mucho tiempo que está aquí, ¿no?

-Nueve días. Debió de llegar unos días después de usted, dos días.

-Entonces me confundo... ¿No tiene un aspecto un poco triste?

-Cuando calla, sí. Es judío. ¿Reconoce usted a los judíos?

-Yo, no muy bien. Pero mi marido de inmediato aun cuando...

Se interrumpe, entrampada en el peligro y dándose cuenta.

-¿Sí? Está con él otro hombre, Stein, otro judío, debe de confundirles.

Alissa le sonríe. Ella se tranquiliza.

-Vengo de la casa de mis padres -explica Alissa-. He venido a reunirme con él. En unos días nos iremos de vacaciones. Venga a caminar un poco, venga, por el parque.

Se levantan.

-¿Adónde van de vacaciones? -pregunta Elisabeth Alione.

-No lo sabemos de antemano -dice Alissa.

Llegan a las pistas. Stein, ante ellas, baja la escalinata del hotel.

-¿Por qué no le hizo caso al segundo médico? -pregunta Alissa.

Elisabeth se sobresalta y lanza un grito ligero.

-Ah, ya adivinó que pasaba algo -dice.

Llegan a la marquesina donde les espera Stein.

-Aquí está Stein -dice Alissa-. Elisabeth Alione.

-Las buscábamos para dar un paseo por el bosque -dice Stein.

Max Thor a su vez baja los peldaños de la escalera. Llega lentamente. Avanza con la vista baja. Alissa y Stein le miran venir.

-Le presento a mi marido -dice Alissa-. Max Thor. Elisabeth Alione.

Ella no se fija en nada, ni en la mano helada, ni en la palidez. Trata de recordar, no lo consigue.

-Le confundía -dice ella sonriendo.

-Vamos al bosque -dice Alissa.

Da un paso, seguida por Stein. Max Thor parece no haber oído. Elisabeth Alione espera. Luego Max Thor da un paso en dirección a Alissa como si quisiera impedírselo. Pero Alissa ha avanzado.

Entonces se vuelven los tres hacia Elisabeth Alione. Esta todavía no se ha movido.

-Venga -dice Alissa.

-Es decir...

-La señora Alione tiene miedo del bosque -dice Alissa.

-En ese caso podemos quedarnos en el parque -dice Max Thor.

Alissa vuelve hacia Elisabeth y le sonríe.

-Elija -dice.

-Quiero ir al bosque -dice.

Echan a andar, precedidas por Stein y por Max Thor.

-Quedémonos en el parque -dice Elisabeth Alione.

Silencio.

-Como quiera -dice Alissa.

Silencio. Vuelven sobre sus pasos.

-Para volver a lo que hablábamos -dice Stein-, la destrucción capital.

Noche en el parque. Clara.

Alissa está tendida en el césped. Max Thor la domina con su estatura. Están solos.

-El ambiente es el de la burguesía media -dice Alissa-. El marido debe de tener algún negocio. Debió de casarse muy joven y tener enseguida a su hija. Se quedaron en el Delfinado. Él continuó con el negocio del padre. Ella está espantada.

Alissa se incorpora.

Se miran.

-Repite que está espantada con la idea de que la dejen de lado. También repite lo del bebé muerto. Pero eso debió ser grave.

-Vamos a irnos -dice Max Thor.

-No.

-«Mi librero me aconseja. Él me conoce, sabe qué tipo de libros me gusta. Mi marido

lee cosas científicas. No le gustan las novelas, lee cosas muy difíciles de comprender..., oh, no es que no me guste leer..., pero en este momento... duermo...»

Él se calla.

-«Soy una persona que tiene miedo -continúa Alissa-, miedo de que no me amparen, miedo del porvenir, miedo de amar, miedo de la violencia, de la cantidad, miedo de lo desconocido, del hambre, de la miseria, de la verdad.»

-Estás loca, Alissa, loca.

-Yo también estoy sorprendida -dice Alissa.

Silencio.

-Cuando ella dice: «Duermo» -dice Alissa-, veo su sueño y a ti, a ti delante de ese sueño.

-¿Sólo a mí?

-No.

Silencio.

Alissa mira a su alrededor.

-¿Dónde está Stein?

-Vendrá. Ven a la habitación.

-Espero a Stein.

-Nos iremos mañana, Alissa.

-Estamos citados con Elisabeth Alione después de su siesta. Es imposible.

-¿Iremos al bosque?

-No. Nos quedaremos en el parque.

Del fondo del parque llega Stein.

-Tus cabellos -dice.

Los toca. Son cortos.

-Eran hermosos -dice Stein.

-Demasiado hermosos.

Reflexiona.

-¿Se ha dado cuenta? -señala a Max Thor.

-Todavía no lo ha dicho. Los corté yo misma. Estaban en el suelo del cuarto de baño. Debió pisarlos.

-Grité -dice Max Thor.

-Oí que gritaba. Pero no dijo nada. Creí que gritabas por otro motivo.

Stein la toma en sus brazos.

-¿Cuál? -pregunta Max Thor.

-Impaciencia -dice Alissa.

Silencio.

-Ven a mi lado, Alissa -dice Stein.

-Sí. ¿Qué va a ser de nosotros?

-No sé nada.

-No sabemos nada -dice Max Thor.

Alissa Thor tiene la cabeza hundida en los brazos de Stein.

-Se va acostumbrando a nuestra presencia. Ha dicho: «El señor Stein es un hombre que inspira confianza».

Se ríen.

-¿Y de él? -señala a Max Thor.

-Nada. Habló de irse. Ya no quiere salir del parque, dice que espera una llamada de su marido.

Caminan alrededor de las pistas. El balcón de su habitación está iluminado.

-Podríamos ir al bosque con ella -dice Stein.

-No -grita Max Thor.

-Sólo nos quedan tres días por delante -dice Alissa-. Tres noches.

Se detienen.

-Él quiere irse. Lo dice, Stein.

-Puro teatro -dice Stein.

-Yo, ya no puedo irme -dice Alissa.

-Ven a la habitación -dice Max Thor.

Día en el parque.

Elisabeth Alione está sentada a una mesa en el parque. A su lado está Alissa Thor.

-Los dos médicos estaban de acuerdo en alejarme -dice Elisabeth Alione-. Yo no hacía más que llorar. Ni sabía preguntar por qué.

Le sonríe a Alissa.

-Ya vuelvo a hablar de eso... Es más fuerte que yo, sin duda.

-¿Por qué la obligan a quedarse sola? Si usted no fuera una persona... fuerte, hubiera podido ser peligroso, ¿no?

Elisabeth baja los ojos y se contiene. Es la primera vez.

-No soy una persona fuerte -la mira-, se equivoca.

-Eso lo dice usted.

Los ojos vuelven a ausentarse. Hay un tono de advertencia lejana.

-Lo dicen los que me rodean. Yo también lo pienso.

-¿Quién lo dice?

-Oh... los médicos... mi marido también.

-Una mujer en su situación... moral... física, es muy vulnerable y pueden ocurrirle cosas que en un momento normal no le ocurrirían. ¿No se lo han dicho?

-No entiendo -dice Elisabeth Alione, renuente.

-Otras mujeres, otras mujeres que no fuesen usted podrían embarcarse en cualquier cosa...

Alissa ríe. Elisabeth también ríe.

-Oh qué idea, oh no, yo no.

Se callan.

-Se atrasan -dice Alissa-. Habíamos dicho a las cinco.

-La he privado de un paseo -se excusa Elisabeth Alione-, lo lamento, además teniendo en cuenta que mi marido no telefoneó.

-¿El que telefonea es siempre su marido?

Elisabeth se ruboriza

-Sí... es decir al principio... llamó algún otro pero corté la comunicación.

-Qué historia -dice Alissa sonriendo.

-Ahora ya se acabó -se vuelve hacia Alissa-. Somos muy diferentes.

-Yo también soy feliz con mi marido, pero sin duda de un modo distinto, claro.

-¿Cómo?

Se miran. Alissa no contesta.

-Max Thor es escritor, ¿no es cierto?

¿Nota ella el sobresalto de Alissa? No.

-Es decir que va camino de serlo... pero no lo es todavía... ¿Por qué me hace esa pregunta?

Elisabeth sonríe.

-No sé..., me habrá parecido.

-Es un profesor. Yo era su alumna.

-¿Quién es Stein? -pregunta tímidamente Elisabeth Alione.

-No puedo hablar de Stein -dice Alissa.

-Entiendo.

-No.

Elisabeth ha empezado a temblar.

-Oh, discúlpeme -dice Alissa-. Discúlpeme.

-No es nada. Es usted brutal.

-Fue por pensar en Stein -dice Alissa-. No fue más que por pensar en la existencia de Stein.

Ya están allí. Llegan. Se inclinan.

-Nos hemos retrasado.

-Muy poco.

-¿Cómo es esa explanada? -pregunta Elisabeth Alione.

-No la hemos encontrado -dice Max Thor.

-Se sientan. Alissa da las cartas.

-Le toca empezar a Stein -dice.

Stein juega.

-¿La han llamado por teléfono? -pregunta Max Thor.

-No. Lo lamento.

-Hemos hablado del amor -dice Alissa.

Silencio.

-Le toca jugar a usted, señor Thor.

-Disculpe. ¿Se encuentra bien?

-Me siento mejor -dice Elisabeth Alione-. Duermo menos. Casi podría irme. Le toca jugar a Alissa.

-¿Este hotel no le gusta? -pregunta Max Thor.

-Oh, no está mal, pero...

Stein se calla.

-¿Por qué no telefonea a su marido para que venga a buscarla?

-Diría que el médico ha sido claro: se cumplirán tres semanas dentro de tres días.

-¿Estos cuatro días le parecen tan largos?

No esperan respuesta. Están muy atentos a sus cartas, sobre todo Stein.

-Es decir..., no..., pero ustedes también se irán muy pronto, si no he entendido mal.

-Dentro de unos días -dice Max Thor-. ¿No juega?

-Disculpe.

-No conozco Grenoble -dice Stein.

-Pierdo -dice Alissa-. Creo que pierdo.

-¿Qué acostumbra hacer en verano?

-Cuando mi hija era pequeña íbamos a Bretaña. Ahora vamos al sur.

Silencio.

-Quisiera conocer a Anita -dice Alissa.

-Yo también -dice Stein-. Me toca jugar a mí.

-Sí.

Están tranquilos.

-Tiene mal carácter -dice Elisabeth Alione-, atraviesa una mala época, pero es la verdad, ya pasará. Es insolente...

-¿Insolente? -pregunta Max Thor.

-Sí -ella sonríe-, conmigo sobre todo. Trabajó mal el año pasado, pero su padre fue enérgico, este año va mejor. Creo que le toca jugar a Max Thor.

-Perdón.

-¿Qué hizo el padre de Anita? -pregunta Alissa.

-Oh -se turba-, le suprimió las salidas durante cierto tiempo. Eso es todo.

Silencio. Juegan.

-Usted debe de jugar muy bien a las cartas -dice Max Thor.

-En Grenoble jugamos algunas veces entre amigos.

-¿El domingo por la tarde? -pregunta Alissa.

-Sí, así es -sonríe-, son costumbres provincianas.

Silencio. Juegan con mucha atención. Elisabeth les mira asombrada. Ella juega casi distraídamente.

-Levante -le dice a Stein-. Tiene juego.

-Perdón. ¿Le toca dar a Alissa?

-No, a usted. Qué extraña manera tiene usted de... -ella sonríe- no juega a menudo, ¿no es cierto?

-Es decir... -dice Alissa. Se distrae-. ¿Cómo es Anita?

La respuesta se hace esperar un poco.

-Es una niña muy tierna, en el fondo, creo que sufrirá. Pero una es mal juez de sus hijos.

Silencio. Juegan. Elisabeth se asombra cada vez más sin decirlo.

-¿Toda su familia está en Grenoble? -pregunta Max Thor.

-Sí, tengo todavía a mi madre -se dirige a Stein-. Le toca a usted, sí. También tengo una hermana. No vivimos en el mismo Grenoble sino en los alrededores. Nuestra casa está sobre el Isère... También es un río.

-¿Cerca de la fábrica? -pregunta Alissa.

-Sí... ¿cómo lo sabe?

-Por casualidad.

-Alissa ha viajado mucho -dijo Stein-. Debería jugar, le toca.

-Perdón -dice Max Thor-. Sin duda va a París todos los años.

-Sí. Casi todos los años. En octubre.

Silencio. Elisabeth reparte las cartas con soltura. Miran cómo lo hace.

-En octubre es el Salón del Automóvil en París -dice Stein.

-Sí..., pero también vamos al teatro. Oh..., ya sé que... -nadie comenta- no me gusta mucho París.

Silencio.

-Este año todos nuestros proyectos han cambiado -dice Alissa-. Todavía no sabemos adónde ir. Le toca jugar a Stein.

-Perdón -juega-, ya está.

-Gano -dice Elisabeth Alione-. Yo que siempre pierdo. ¿En general van al mar?

-No -dice Stein.

-Pasamos por las playas en verano -dice Max Thor-, pero no nos detenemos.

Ella deja de jugar. De pronto su mirada muestra inquietud.

-Pero... ¿entonces se conocen desde hace mucho tiempo?

-Desde hace cuatro días -dice Alissa-. Playa mañana y tarde resulta monótono. ¿No le parece?

-No entiendo -murmura Elisabeth Alione.

Silencio.

-Tal vez ya no tiene ganas de jugar -dice Max Thor.

-Perdón. Sin duda van al extranjero.

-Mucho más -dice Stein- ¿no es verdad? -se dirige a Alissa.

-Sí. Mucho más.

Una risa ligera empieza a apoderarse de Elisabeth Alione.

-El año pasado -dice-, hicimos un viaje a Italia con unos amigos.

-¿Un médico?

-Sí... un médico y su mujer.

-Hay bastantes médicos entre sus amigos -dice Alissa.

-Sí..., bastantes..., dicen cosas interesantes.

-Le hablan de usted -dice Max Thor.

-Bueno... sí...

Silencio.

-¿Por qué se ríe? -pregunta Alissa.

-Perdón..., no sé...

-Ríase -dice Stein.

Silencio. La risa cesa. Pero quedan rastros de ella en los ojos.

-¿Gano? -pregunta Stein.
-Sí -dice Max Thor
La risa recomienza. Ellos no ríen.
-... ¿Cómo...? no sabe cuándo...
-¿Le gustó Italia?
La risa vuelve a cesar en apariencia.
-... Sí... pero en julio... qué calor... no soporto el calor.
-¿Y la cocina?
Comienza otra vez la risa. Es la única que ríe.
-Oh... sí sí..., disculpe... Fuimos a...
-Ríase -dice Stein.
-¿A?
-...A Venecia... A Venecia.
La risa contenida corre por el rostro, llega a las manos que se estremecen. Caen algunas cartas.
-Estamos viendo sus cartas -dice Stein.
-¿A Venecia? -pregunta Max Thor.
-Sí sí... fuimos, discúlpeme..., ya no sé... sí sí... fuimos a Venecia.
-¿O a Nápoles? ¿A Venecia o a Nápoles?
-¿O a Roma?
-No no... A Venecia... discúlpeme... volvimos por Roma... sí sí... Volvimos por Roma... eso es...
-No es posible -dice Stein.
La miran gravemente. Se le han caído las cartas.
-¿Entonces me equivoco?
-Completamente.
Esperan. La miran.
Empieza la risa.
-¿A quién le toca jugar? -pregunta Stein.
La risa, más fuerte.
-Oh... no vale la pena, no vale la pena jugar...
-O sea -dice Alissa-, que Stein no sabe jugar a las cartas.
-En absoluto, en absoluto... no entiende nada...
La risa, aún más fuerte.
-Ustedes tampoco...
-Nosotros tampoco -dice Max Thor.
Ella ríe. Sigue siendo la única que ríe.
-Hicimos una buena partida -dice Stein.
Stein suelta las cartas. Luego Alissa y luego Max Thor sueltan sus cartas. Elisabeth ríe. La miran.
-Elisabeth Villeneuve -dice Stein.
La risa se va entrecortando. Les mira uno a uno. El espanto llega a sus ojos.
Se termina la risa.

Crepúsculo en el parque.
-Bien -dice Max Thor.
Elisabeth Alione acaba de jugar. Logró que la bola pasara por el aro del croquet.
-Pues sí -dice-, no entiendo cómo lo hice.
-¿Por qué siempre se cree tan torpe?
Ella sonríe. Alissa y Stein también. Tienen los mazos en las manos. Se callan.
-Le toca otra vez a usted -dice Max Thor.
Elisabeth juega con mucha aplicación. Falla un aro. Se endereza. Se lee una alegría

profunda en su rostro.

-Ya ve -dice.

Max Thor se inclina, toma la bola y la vuelve a poner en el lugar donde estaba. Alissa y Stein les miran.

-Vuelva a empezar -dice Max Thor.

Elisabeth Alione se espanta.

-No puede ser -dice-. ¿Y Alissa?

Alissa calla junto a Stein. Elisabeth no encuentra su mirada.

-Alissa y Stein piensan en otra cosa -dice Max Thor-. Míreles.

Elisabeth Alione vacila.

-No puedo -dice.

-Haga trampa -ordena Max Thor-. Yo se lo pido.

Elisabeth Alione juega y falla el aro. Vuelve a invadirla una alegría profunda.

-Ya se lo decía -dice.

-¿Lo hizo adrede?

-No, se lo aseguro...

Ella mira a Alissa y a Stein.

-Intente otra vez -dice suavemente Alissa.

Ella se turba. Max Thor recoge la bola y vuelve a ponerla delante del aro, Elisabeth juega y falla. Deja caer su mazo. Y no lo recoge. Tampoco Max Thor.

-Mi marido viene a buscarme mañana.

Silencio.

-Hemos perdido la partida -dice Elisabeth Alione.

Silencio.

-¿Pero acaso hemos jugado? -pregunta por fin Alissa-. Era una partida que no tenía importancia. Yo lo entendí así.

Alissa se sienta, les mira.

-¿Qué ocurre? -pregunta.

-Mañana me voy -dice Elisabeth Alione-. Acabo de decirlo.

Max Thor se sienta a su vez.

-Me había equivocado. Mi marido aceptó enseguida venir a buscarme. A decir verdad, me aburría mucho menos en este hotel desde que les conozco. Me sentí casi decepcionada cuando me dijo que vendría.

Se sienta a su vez y les mira furtivamente.

-Han sido muy amables conmigo... Viene mañana por la mañana.

Se callan.

-Si quieren -dice-, ahora podemos dar un paseo. Podemos ir al bosque..., como parecía interesarles tanto.

-¿Por qué le ha telefoneado? -pregunta suavemente Alissa.

La calma vuelve al rostro de Elisabeth Alione.

-Para saber si aceptaría, seguramente... no lo sé muy bien.

-¿Le habló de nosotros? -pregunta Max Thor.

-No.

-Entonces, ya ve -dice Alissa sonriendo-, le oculta cosas a ese hombre al que ama.

Elisabeth Alione se sobresalta levemente.

-Oh, ocultar eso no es ocultar cosas...

-¿Le parece?

-Gente que uno encuentra en los hoteles...

-¿Dónde se encuentra a los demás? -pregunta Max Thor.

La voz de Max Thor es tierna. Ella no comprende.

-Como es probable que nunca les conozca... no tenía sentido hablarle de ustedes...

-¿Quién sabe? -dice Alissa.

-No valdría la pena. No creo que se entendieran con él... no lo creo... hay demasiada

diferencia...

-¿Qué le dijo por teléfono para que viniese?

-Yo misma no lo entiendo. Le dije que ya no tomaba nada para dormir -duda-, le hablé de ustedes sin decirle quiénes eran. Dije que jugaba a las cartas con unos clientes. Eso es todo. No le pedí que viniera enseguida, a decir verdad... comprendí que de golpe me echaba de menos... mientras que...

Se callan. Max Thor se ha quitado las gafas y parece descansar.

-Tengo que volver al hotel. Debo hacer mis maletas -dice Elisabeth Alione.

Los jugadores de tenis han vuelto. Las pelotas silban en el calor.

-La ayudaré -dice Alissa-. Tiene tiempo.

Alissa se levanta y, lentamente, como si bailara, se aleja con paso regular hacia el fondo del parque con Stein. Les miran irse.

-¿Adónde van? -pregunta Elisabeth Alione.

-Al bosque, sin duda -dice Max Thor. Sonríe.

-No entiendo...

-Somos los amantes de Alissa. No intente entender.

Ella reflexiona. Y se pone a temblar.

-¿Cree que yo nunca podré?

-Eso no tiene importancia -dice Max Thor. Se ha vuelto a poner las gafas y la mira.

-¿Qué le pasa? -pregunta.

-Amo a Alissa con un amor desesperado -dice Max Thor.

Silencio. Ella le mira a los ojos.

-Si yo hiciera el esfuerzo de comprenderle -dice Elisabeth Alione.

-Yo quisiera comprenderla a usted -dice-. Amarla.

Ella no contesta.

Silencio.

-¿Qué libro era ése que no leía? -dice Max Thor.

-Precisamente tengo que ir a buscarlo -hace una leve mueca-, oh, no me gusta leer.

-¿Y entonces por qué simularlo? -ríe-. Nadie lee.

-Cuando una está sola..., para guardar la compostura, para... -sonríe-. ¿Dónde están?

-No deben de andar lejos. Alissa no la ayudará a hacer las maletas. No cuente con ello.

-Lo sé.

Tiene la mirada atrapada por el fondo del parque.

-¿Su marido llega esta noche?

-No, mañana, dijo al mediodía. ¿Cree que nos están escuchando?

-Tal vez.

Se le acerca un poco despavorida.

-Ese libro no es mío, debo devolverlo. ¿Tal vez lo quiere?

-No.

Se acerca más, sin dejar de mirar el parque.

-¿Qué va a ser de usted?

Ella le mira.

-¿Por qué?... Oh..., como antes...

-¿Está segura?

Ella le sigue mirando.

-Ahí vuelve Stein -dice Max Thor-. Nos vamos mañana por la mañana.

-Tengo miedo -dice Elisabeth Alione-. Tengo miedo de Alissa. ¿Dónde está?

Le mira, espera.

-No tenemos nada que decirnos -dice Max Thor-. Nada.

Ella no se mueve. Él no dice nada. Ella se va. Él no se gira. Llega Stein.

-La mujer que yo buscaba aquí desde hace tanto tiempo -dice Stein- es Alissa.

Tiempo deslumbrante. Luz y sol en el comedor. En los espejos.

-Tal vez volvamos a vernos algún día, quién sabe -dice Alissa.

Elisabeth y Alissa están sentadas a la sombra, cerca de los sillones.

-El lugar donde vivimos está alejado de todo. Hay que ir expresamente.

-Podemos hacerlo expresamente -dice Alissa.

Se acerca a los ventanales.

-Miran el partido de tenis -dice-, mientras esperan que bajemos.

-Vuelve al lado de Elisabeth Alione y se sienta.

-Usted ha causado en nosotros una profunda impresión.

-¿Por qué?

Alissa hace un gesto de negación.

-No lo entendería, entonces me da igual, en el fondo no puede decirme nada. Hay cosas que no entiendo.

-Ese primer médico -dice Alissa-, ¿le hablaba como yo acabo de hacerlo?

Elisabeth se pone de pie y mira el parque.

-Me había escrito -dice-. De pronto me escribió una carta. Eso es todo.

-¿Hubo un drama?

-Trató de... Ahora se ha marchado de Grenoble. Dijeron que fue por mi culpa. Dijeron cosas horribles. Mi marido se sintió muy desdichado. Por suerte tiene confianza en mí.

Ha vuelto a la sombra.

-Fue a mitad del embarazo. Había estado enferma. Vino él. Era un médico joven, sólo hacía dos años que estaba en Grenoble. En ese momento mi marido no estaba. Tomó la costumbre de venir. Y...

Se interrumpe.

-¿Dijeron que él había matado al bebé?

-Sí, que sin él mi niña... -se interrumpe-. No es verdad. La niña ya estaba muerta antes del parto -grita.

Espera.

-Después del parto le mostré la carta a mi marido. Cuando supo que había mostrado la carta comprendió... que no pasaría nada e intentó matarse.

-¿Cómo supo que había enseñado la carta?

-Mi marido fue a verle. O le escribió, nunca lo sabré.

Alissa se calla. Elisabeth Alione está inquieta.

-¿Me cree?

-Sí.

Elisabeth Alione se endereza, mira a Alissa y la interroga con la mirada.

-Soy una persona que tiene miedo de todo, ¿entiende...? Mi marido es muy diferente de mí. Sin mi marido estoy perdida. Avanza hacia Alissa.

-¿Qué tiene en contra de mí?

-Nada -dice suavemente Alissa-, pienso en esa historia. Usted enfermó por haberle enseñado esa carta a su marido. Está enferma por haber hecho eso.

Se levanta.

-¿Qué pasa? -pregunta Elisabeth Alione.

-Asco -dice Alissa-. Asco.

Elisabeth grita.

-¿Quiere desesperarme?

Alissa le sonríe.

-Sí. No hable más.

-No, no hablemos más.

-Es demasiado tarde -dice Alissa.

-¿Para...?

-Matarse -sonríe-, es demasiado tarde.

-Silencio.

Alissa avanza hacia Elisabeth Alione.

-A usted le gustaba nuestra compañía, ¿no es verdad?

Elisabeth deja que se le acerque sin contestar.

-¿Por eso telefoneó a su marido para que viniera?

-Quiero a mi marido, supongo.

Alissa sonríe.

-Es fascinante verla vivir -dice-. Y terrible.

-Ya he comprendido -dice suavemente Elisabeth Alione-, se interesan por mí a causa de..., eso solamente. Y tal vez tienen razón.

-¿Eso, qué?

Elisabeth hace un gesto, no sabe. Alissa retiene a Elisabeth Alione por los hombros.

Elisabeth se gira. Un espejo las abarca a las dos.

-¿Quién la hace pensar en ese hombre? -pregunta Alissa en el espejo-, ¿en ese joven médico?

-Stein, tal vez.

-Mire -dice Alissa.

Silencio. Las dos cabezas se han acercado.

-Nos parecemos -dice Alissa-: amaríamos a Stein si fuese posible amar.

-No he dicho... -protesta Elisabeth con suavidad.

-Usted quería hablar de Max Thor -dice Alissa-. Y dijo Stein. Ni siquiera sabe hablar.

-Es verdad.

Se miran en el espejo, se sonríen.

-Qué hermosa es usted -dice Elisabeth.

-Somos mujeres -dice Alissa-. Mire.

Vuelven a mirarse. Luego Elisabeth apoya su cabeza en la de Alissa. La mano de Alissa está sobre la piel de Elisabeth Alione, en el hombro.

-Creo que nos parecemos -murmura Alissa-... ¿No lo cree? Somos de la misma altura.

Sonríen.

-Es verdad, sí.

Alissa hace deslizar la manga de Elisabeth Alione. Su hombro queda al desnudo.

-...La misma piel -continúa Alissa-, el mismo color de piel.

-Puede ser...

-Mire..., la forma de la boca..., el pelo.

-¿Por qué se lo cortó? Lo lamenté...

-Para parecerme aún más a usted.

-Un pelo, tan hermoso... No se lo dije pero...

-¿Por qué?

Ella nunca lo hubiera dicho, ¿sabe que lo está diciendo?

-Sabía que se los había cortado por mí.

Alissa toma los cabellos de Elisabeth Alione entre sus manos, y pone su rostro en la dirección que quiere. Contra el suyo.

-Nos parecemos tanto... -dice Alissa-. Qué extraño...

-Usted es más joven que yo..., más inteligente también...

-No en este momento -dice Alissa.

Alissa mira el cuerpo vestido de Elisabeth Alione en el espejo.

-La amo y la deseo -dice Alissa.

Elisabeth Alione no se mueve. Cierra los ojos.

-Está loca -murmura.

-Qué lástima -dice Alissa.

Elisabeth Alione se separa de golpe. Alissa se acerca a los ventanales.

Silencio.

-Su marido acaba de llegar -dice-. La busca en el parque. Su hija no está.

Elisabeth Alione no se mueve.

-¿Y los otros? ¿Dónde están? -pregunta.

-Le miran. Le reconocen -se gira-. ¿De qué tiene miedo?

-No tengo miedo.

Alissa mira de nuevo el parque. Elisabeth continúa inmóvil.

-Se van del parque para no verle -dice Alissa-. El asco, seguramente. Ya han vuelto. Ahora vendrán sin duda. A menos que se acerquen a la carretera.

Elisabeth no contesta.

-Ya nos conocíamos de niños -dice-. Nuestras familias eran amigas.

Alissa repite en voz baja:

-«Ya nos conocíamos de niños. Nuestras familias eran amigas.»

Silencio.

-Si le quisiera, si le hubiese querido, una vez, una sola, en su vida, habría querido a los otros -dice Alissa-, a Stein y a Max Thor.

-No entiendo... -dice Elisabeth-, pero...

-Eso sucederá en otros tiempos -dice Alissa-, más tarde. Pero no será usted ni ellos. No haga caso de lo que digo.

-Stein dice que usted está loca -dice Elisabeth.

-Stein dice muchas cosas.

Alissa se ríe. Entra de nuevo en la habitación, se acerca.

-La única cosa que le habrá sucedido -dice.

-Es usted -dice Elisabeth-. Usted, Alissa.

-Vuelve a equivocarse. Pero ya podemos bajar -dice Alissa.

Elisabeth no se mueve.

-Almorzamos juntos. ¿Lo sabía?

-¿Quién lo decidió?

-Stein -dice Alissa.

Entra Stein.

-Su marido la espera -le dice a Elisabeth Alione- al lado de las pistas. Estamos citados dentro de diez minutos.

-Pero no entiendo -dice Elisabeth.

-Ahora ya es irrevocable -dice Stein sonriendo-. Su marido ha aceptado.

Ella sale. Stein toma a Alissa en sus brazos.

-Amor, amor mío -dice.

-Stein -dice Alissa.

-Anoche pronuncié tu nombre.

-En sueños.

-Sí, Alissa. Tu nombre me despertó. Era en el parque. Miré. Os habíais dormido. Había un gran desorden en la habitación. Tú dormías en el suelo. Él se te había acercado y dormía a tu lado. Olvidasteis apagar la luz.

-¿Sí?

-Sí.

Aparece Max Thor.

-Ya no sabemos dónde meternos -dice-, con ese hombre en el parque.

Alissa, erguida delante de Max, le mira.

-Anoche -dice-, cuando dormías, pronunciaste su nombre. Elisa.

-No me acuerdo -dice Max Thor-. No me acuerdo.

Alissa va hacia Stein.

-Díselo, Stein.

-Pronunció su nombre -dice Stein-. ELISA.

-¿Cómo?

-Desde la ternura y el deseo -dice Stein-. Elisa.

Silencio.

-¿Dije Alissa y no comprendiste?

-No. Recuerda tu sueño.

Silencio.

Creo que era en el parque -dice Max Thor lentamente-. Ella tal vez dormía. Me quedaba delante mirándola. Sí... eso es...

Se calla.

-Y ella le dijo: «Ah, ¿es usted...?».

-«¿No estaba durmiendo?» «¿Hacía ver que dormía...?» «¿Se dio usted cuenta?»

-«¿Hay días que hago como si durmiera?» «¿Hay días que duermo?» «¿Hace diez días?»

-Tal vez -dice Max Thor y pronuncia la palabra-, Elisa.

-Sí. La habrás llamado al pronunciar su nombre.

Silencio.

-Te contesté -dice Alissa-. Pero dormías profundamente, no me oíste.

Max Thor va hacia los ventanales. Le siguen.

-¿Qué es posible? -pregunta Stein.

-El deseo -dice Max Thor-. Con esa cosa el deseo.

Alissa vuelve hacia Stein.

-A veces -dice-, no comprende...

-Es lo mismo -dice Stein.

-Sí -dice Max Thor-. Ahora es lo mismo.

Silencio. Miran por los ventanales a invisibles clientes. Y, entre ellos, a Elisabeth Alione y su marido.

Silencio.

-¿Cómo vivir? -grita suavemente Alissa.

Hay un sol deslumbrante.

-¿No ha venido la niña? -pregunta Max Thor.

-Ella le pidió que no la trajera hoy.

-Bien, bien -dice Stein-. Ya ven que ella...

-Aquí están -dice Max Thor.

Bordean la pista. Llegan a la puerta de entrada.

-¿Cómo vivir? -pregunta Alissa en un soplo.

-¿Qué va a ser de nosotros? -pregunta Stein.

Los Alione han entrado en el comedor.

-Cómo tiembla ella -dice Max Thor.

Se acercan los unos a los otros.

Ahora ya están a distancia de saludarse.

-Bernard Alione -dice Elisabeth en un soplo-. Alissa.

-Stein.

-Max Thor.

Bernard Alione mira a Alissa. Hay un silencio.

-Ah ¿es usted...? -pregunta-. Alissa ¿es usted? Ella me hablaba de usted hace un momento.

-¿Qué ha dicho? -pregunta Stein.

-Oh, nada... -dice Bernard Alione riendo.

Se dirigen a una mesa.

Tiempo deslumbrante. Han bajado los estores. Domingo.

Almuerzan.

-Estaremos en Grenoble alrededor de las cinco -dice Bernard Alione.

-Hace un tiempo magnífico -dice Alissa-, es una lástima irse hoy.

-Todo tiene un fin... Me alegra conocerles... Gracias a ustedes, Elisabeth se aburrió menos aquí... en fin, en estos últimos días...

-Ella no se aburría, aun antes de conocernos.

-Un poco, de noche -dice Elisabeth Alione.

Silencio. Elisabeth de negro, a la sombra azul de los estores, de espalda a los ventanales, tiene la mirada fija del sueño.

-Dormía -dice Alissa.

Bernard Alione sonríe, toma impulso.

-Elisabeth es una mujer que no se podía quedar sola... para nada... cuando me iba..., y tengo que hacerlo por mi trabajo..., cada vez hacía un drama... -le sonríe-, ¿no es cierto, Elisa?

-Elisa -murmura Max Thor.

-Me vuelvo loca -dice suavemente Elisabeth Alione.

-¿Y lo está a menudo? -pregunta Alissa-, ¿sola?

-Quiere decir: ¿sin su marido? Sí, todavía bastante... Pero en ese caso va la familia -sonríe a Alissa-. Ya ve, no hay por qué desesperarse.

Ellos no entienden.

-Fue ella -dice Bernard Alione- la que decidió venir aquí. Ella sola. De golpe -casi ríe-. Comprendió que debía hacer este esfuerzo.

Miran a esa mujer dormida a la mesa con los ojos abiertos. Tiene un movimiento de cabeza infantil que reclama silencio sobre su vida.

-Estaba fatigada -dice.

Es una voz lejana, extenuada. Ha dejado de comer. Max Thor también.

-¿Se aburrió aquí? -pregunta Max Thor.

Ella duda.

-No -dice-, no -piensa-, no creo haberme aburrido aquí.

-Cuando el aburrimiento adquiere cierta forma... -dice Stein. Se para.

-¿Sí? -pregunta Bernard Alione- iba usted a decir algo interesante. ¿Qué forma... en... en este caso?

-La de un horario por ejemplo, nadie lo nota -dice Stein-. Si nadie lo nota, si nadie lo nombra, puede tomar caminos inesperados.

-No es ninguna tontería lo que usted dice -afirma Bernard Alione.

-No -dice Stein.

Bernard Alione deja de comer.

-¿Qué caminos... por ejemplo? -pregunta Bernard Alione.

Stein mira a Elisabeth Alione y piensa. Luego olvida.

-Es completamente imprevisible -dice.

Stein y Elisabeth Alione se miran en silencio.

-Completamente -murmura Stein-. ¿Qué va a ser de usted?

-¿Cómo? -pregunta Bernard Alione.

A su vez deja de comer.

-No haga caso -dice Alissa- a lo que dice Stein.

Silencio. Bernard Alione les mira.

-¿Quiénes son ustedes? -pregunta.

-Judíos alemanes -dice Alissa.

-No es eso lo que... yo..., la pregunta no es esa...

-Y sin embargo debería ser esa -dice Max Thor con suavidad.

Silencio.

-Elisabeth no come -dice Bernard Alione.

-¿Náuseas, quizá? -pregunta Alissa.

Elisabeth no se mueve. Ha bajado los ojos.

-¿Qué pasa? -pregunta Bernard Alione.

-Estamos todos en el mismo estado -explica Stein-, los cuatro.

Silencio.

Elisabeth se levanta y sale. La miran a través del ventanal. Cruza el parque con su andar tranquilo y desaparece en el camino que lleva a la puerta del bosque.

-Ha ido a vomitar -dice Alissa.

Silencio. Bernard Alione ha vuelto a comer y se da cuenta de que es el único que lo

hace.

-Soy el único que come...

-Continúe -dice Max Thor-. No es nada...

Bernard Alione deja de comer. Le miran. Los tres tienen el mismo aspecto apacible.

-Pronto nos iremos al mar y Elisabeth se recuperará por completo. Pensé que la encontraría en mejor forma. Todavía necesita descansar.

Se callan. Le miran a la vez que se callan.

-Seguro que les habló..., un accidente idiota...

Ninguna seña de ninguno.

-En el fondo, en Elisabeth era más moral que otra cosa... Una mujer siente esas cosas como fracasos. Nosotros, los hombres, no podemos entenderlo del todo...

Se agita en su silla, se incorpora a medias, busca a su alrededor.

-Bueno... y bien, es hora de irnos... Voy a buscarla..., hay que bajar las maletas...

Mira hacia el parque.

-... pagar el hotel...

Silencio.

-¿Adónde van de vacaciones? -pregunta Alissa.

Él se tranquiliza.

-A Leucate. ¿Lo conocen tal vez? A mí me interesa el desarrollo del Languedoc -sonríe-, yo no soy como mi mujer, no puedo estar quieto en vacaciones. Sonríe. Alissa se ha vuelto hacia Stein.

-Leucate -dice Alissa.

-Sí -dice Stein y repite muy bajo-, Leucate.

Silencio. Bernard Alione tal vez no escuchó. Sonríe. Se ha vuelto a sentar.

-Ustedes la han visto más que yo este último tiempo -dice-, ¿qué es lo que...?

-El miedo -dice Stein.

La dulzura de sus miradas confunde a Bernard Alione.

-Será terrible -dice Stein en un suave murmullo-, será espantoso -mira a Bernard Alione- y ella ya empieza a saberlo.

-¿De quién hablan?

-De Elisabeth Alione.

Bernard Alione se pone de pie. Nadie le retiene. Vuelve a sentarse. Se le escapa una risita.

-No había entendido..., ustedes están enfermos -dice-. Eso es...

Silencio. Ahora está ligeramente apartado de la mesa. Mira a Alissa. Sus ojos son profundamente azules. La mirada de ellos es feliz y dulce.

-¿Esa crisis -pregunta Alissa-, ese médico?

-Sí -dice Stein-, esa muerte del médico.

-No murió -grita Bernard Alione.

Silencio.

-No comprendo... -dice Bernard Alione- ¿ella les ha hablado... de ese accidente?

-¿Qué muerte había elegido? -pregunta Max Thor.

Silencio. Con un crujido penoso los estores se levantan. El cielo se ha cubierto.

-No murió -dice suavemente Bernard Alione-, no vayan a meterse eso en la cabeza... Para ella, Elisa, fue la muerte de la niña, el resto... no no... imagínense.

De golpe, con la inteligencia, la voz se le apaga.

-¿Le habló de nosotros? -pregunta Max Thor.

-Todavía no.

-No nos hemos separado desde hace cuatro días.

Bernard Alione no contesta. Se levanta bruscamente. Va hacia el ventanal y la llama con un largo grito.

-Elisabeth.

No hay respuesta. Se vuelve. Le miran.

-No sirve de nada llamar -dice Stein.

-No haga caso a lo que dice Stein -dice Alissa-. Ya regresa.

Bernard Alione vuelve a sentarse. Se gira hacia el comedor. Está vacío.

-Se han ido todos de excursión -explica Max Thor-. Le sonríe a Bernard Alione-. ¿Le habló de nosotros?

Bernard Alione se pone a hablar con mucha rapidez.

-No, pero lo hará más tarde... estoy seguro... habrán observado que es muy reservada... sin razón, aun conmigo que soy su marido.

-¿Cuándo se fue -pregunta Alissa-, cuando le pidió pasar unos días en este hotel, no le dijo por qué?

-¿Por qué se mete en esto? -grita débilmente Bernard Alione.

-¿Ella qué le dijo? -pregunta Stein.

Alissa se vuelve hacia Stein.

-Le habrá dicho que necesitaba estar sola, sola durante cierto tiempo. El tiempo de olvidar a ese médico.

-Eso es -dice Stein-, sí, eso, debe de ser eso...

-Le ha olvidado -dice Max Thor-, ahora.

Silencio. Alissa ha tomado la mano de Stein y la besa en silencio. Max Thor mira hacia el parque. Bernard Alione ya no se mueve.

-Aquí está -dice Max Thor.

En efecto, ella avanza bajo el cielo cubierto. Se acerca muy lentamente. Se para. Vuelve a caminar otra vez. Bernard Alione no la mira llegar.

-¿Dónde la encontró? -pregunta Max Thor.

-Se conocían desde niños -recita Alissa-. Sus familias eran amigas.

Silencio. Los otros siguen mirando cómo se acerca. Se ha parado y se ha vuelto hacia las pistas. Lleva hierba entre los dedos y juega. .

-Ustedes se interesan mucho por ella, de verdad -dice Bernard Alione.

-Sí.

-¿Puede saberse por qué? -la voz ha recuperado su fuerza.

-Por razones literarias -dice Stein y ríe.

Stein ríe. Alissa le mira reír deslumbrada.

-¿Mi mujer es un personaje de novela? -dice Bernard Alione.

Bromea. Su voz sigue siendo apagada a pesar del esfuerzo.

-Admirable -responde Max Thor.

-¿Es usted...? -pregunta Bernard Alione.

Señala a Max Thor.

-¿Es el señor... Thor el que escribe? -pregunta claramente Bernard Alione.

-No -dice Max Thor.

-No sé qué podría contar sobre ella... Es cierto que ahora ya no se cuenta nada en las novelas... Por eso leo pocas..., por...

Le miran. Se han puesto serios. No le escuchan. Elisabeth atraviesa el comedor. Se sienta. Sus ojos siguen muy abiertos al sueño.

Silencio.

-¿Vomitó? -pregunta Alissa.

Elisabeth tiene dificultad para articular las palabras.

-Sí.

-¿Cómo era?

Elisabeth piensa. Sonríe.

-Agradable -dice.

-Bien -dice Stein-, bien.

Silencio. Bernard Alione mira a su mujer. Elisabeth ha dejado la hierba en la mesa y la mira.

-Estaba inquieto -dice-. ¿No serán esas drogas, a la larga?

-Ya no las tomo.

-Ya no las toma -dice Max Thor-, no -se dirige a Elisabeth Alione-. ¿Se quedó dormida?

-No.

Silencio. Elisabeth levanta la cabeza y su mirada se hunde en la mirada azul de Alissa.

-¿Viste los ojos? -pregunta.

-Sí.

Silencio.

-¿Qué produce su fábrica? -pregunta Stein.

Bernard Alione aparta los ojos de Alissa, mira alrededor de él esos cuatro rostros que esperan su respuesta. Empieza a temblar.

-Conservas alimentarias -dice con dificultad.

Silencio.

-Empieza de nuevo, tengo ganas de vomitar -dice Elisabeth Alione.

-Bien -dice Stein-, bien.

-Hay que irse -murmura Bernard Alione y no se mueve.

-Sabe -dice Alissa con incomparable dulzura-, sabe, podríamos amarle también a usted.

-Con amor -dice Stein.

-Sí -dice Max Thor-. Podríamos.

Silencio. Elisabeth se ha movido. Mira a su marido que sigue con la cabeza baja. Empieza a temblar.

-Hay que irse -avisa suavemente.

Él no se mueve.

-Estás enferma -dice-. Podemos quedarnos.

-No.

-Esas náuseas...

-Es sólo un comienzo -dice Max Thor.

-Hay que irse -dice Elisabeth Alione.

Alissa y Stein se han acercado, olvidadizos.

-Ella lo ha dicho -dice Stein.

-Sí, hay que partir.

Silencio. Alissa no se mueve. Ahora es la mirada de Elisabeth Alione la que trata de aferrarse a las paredes lisas de sus rostros. No lo logra.

-No le guarde rencor -dice Max Thor a Bernard Alione-, no le guarde rencor porque nosotros seamos lo que somos.

-No me guardará rencor -dice ella-. Sabe que ustedes no pueden ser de otra manera -se vuelve hacia Bernard Alione-, ¿no es cierto?

No hay respuesta. Con la cabeza baja, él espera.

-¿Y usted? -pregunta-. ¿Qué enseña?

-Historia -dice Max Thor-. Del porvenir.

Silencio. Bernard Alione mira a Max Thor, inmóvil.

La voz de Bernard Alione se ha vuelto irreconocible.

-¿Hay un gran cambio? -dice Bernard Alione.

-Ya no hay nada más -dice Max Thor-. Entonces callo. Mis alumnos duermen.

Silencio. De pronto, ahí están los suaves sollozos de Elisabeth Alione.

-¿Hay niños todavía? -pregunta.

-Es lo único que hay -dice Max Thor.

Ella sonríe a través de las lágrimas. Él le toma la mano.

-Ah -gime ella-, qué felicidad.

Bernard Alione sigue interrogando, inmóvil. Se dirige a Stein.

-Y usted, Blum, ¿qué enseña? -pregunta.

-Nada -dice Max Thor-. Él, nada. Y ella tampoco.

Silencio.

-A veces -dice Alissa-, Blum enseña la teoría de Rosenfeld.

Bernard Alione reflexiona.

-No la conozco -dice.

-Arthur Rosenfeld -dice Stein-. Está muerto.

-Era un niño -dice Max Thor.

-¿De qué edad? -pregunta Elisabeth suplicante.

-De ocho años -dice Stein-. Alissa le conoció.

-A orillas del mar -dice Alissa.

Silencio. Stein y Alissa están cogidos de la mano. Max Thor les señala.

-Ellos -dice-, míreles, ellos, ya son niños.

-Todo es posible -dice Bernard Alione.

Alissa y Stein no escuchan, presas, al parecer, de una idea común.

Elisabeth les señala también maravillada.

-Ella se llama Alissa -dice-. Esos dos son sus amantes.

Silencio.

-Se ha marchado del hotel -dice Stein.

-Elisabeth Alione nos ha dejado -dice Alissa.

Max Thor se acerca a ellos. Cae en la ignorancia de las demás presencias.

-¿Hubieras querido volver a verla? -pregunta Alissa.

-¿Dijo por qué se marchaba antes? ¿Esa llamada? ¿La explicó?

-No, no lo sabremos.

Elisabeth Alione ha vuelto a caer en el sueño. Alissa se desprende de las manos de Stein, alza la cabeza en dirección a Bernard Alione.

-Percibió algo de nuestro interés por ella, ¿entiende? -dice Alissa-. No lo soportó.

Él no contesta. Alissa se levanta. Deambula por el comedor. Stein la sigue con los ojos, sólo Stein. Se acerca a los ventanales.

-Las pistas están desiertas -dice-. El parque también. Parecía imposible que no hubiera adivinado nada.

Se inmoviliza.

-Hubo un comienzo de..., como un estremecimiento..., no... un crujido... de...

-Del cuerpo -dice Stein.

-Sí.

Elisabeth Alione ha alzado la cabeza.

-Hay que irse -dice.

Entonces Alissa se acerca a Bernard Alione.

-Usted no tiene prisa -dice.

Se mantiene erguida contra él pero mira, a través de los ventanales, el bosque.

-¿Qué le provocaría prisa?

-Nada -dice Bernard Alione-. Nada.

Ella le mira.

-No nos separemos -dice.

Elisabeth se pone de pie de golpe, sin una palabra.

-Venga al bosque -dice Alissa; ella se dirige sólo a él-, con nosotros. No nos abandonemos más.

-No -grita Elisabeth Alione.

-¿Por qué? -pregunta Bernard Alione-. ¿Por qué al bosque?

Silencio.

-Conmigo -suplica Alissa.

-¿Por qué al bosque?

Levanta la cabeza, enfrenta los ojos azules, se calla.

-Está clasificado como monumento histórico -dice Stein.

-Cuatro pasos -dice ella-, sólo para verlo.

-No.

-Alissa -llama Stein.

Alissa vuelve a su lugar al lado de Stein.

-Está equivocada -dice Stein.

Alissa se acurruca contra Stein. Se queja como si cantara.

-Es difícil, difícil -dice Alissa.

-Está equivocada -repite Stein.

Elisabeth Alione camina hacia su marido. Max Thor se ha levantado para ir hacia ella, se detiene.

-Ahora hay que irse -dice ella.

-Sí -dice Max Thor-. Váyanse.

Bernard Alione se levanta con dificultad. Se ha levantado. Señala a Alissa y a Stein. Stein tiene el rostro de Alissa entre las manos.

-¿Alissa llora? -pregunta.

-No -dice Stein.

Stein, con sus manos, gira la cabeza muerta de Alissa hacia su rostro y la mira.

-Está descansando -dice.

Bernard Alione titubea ligeramente.

-He bebido -dice- sin darme cuenta.

-Bien -dice Stein-, bien.

Max Thor da un paso hacia Elisabeth Alione.

-¿Adónde van?

-Regresamos.

-¿Adónde? -pregunta Alissa sin moverse.

-¿Aquí? -pregunta Stein.

Bernard Alione hace un gesto de que no. Alissa levanta la cabeza y le sonríe. Los otros dos le sonríen con ella.

-Ella hubiera podido amarle, también a usted -dice-, si fuera capaz de amar.

Silencio.

-Todo puede suceder -dice Bernard Alione; ha sonreído.

-Sí.

Silencio.

Alissa se suelta de las manos de Stein.

-¿Cómo es que vive con ella? -grita Alissa.

Bernard Alione ya no contesta.

-No vive con ella -dice Stein.

-¿Sólo nos habrá tenido a nosotros, entonces?

-Sí.

Max Thor se acerca a Elisabeth Alione.

-Hacía diez días que me miraba -dice-. Había en mí algo que la fascinaba y la trastornaba..., un interés... de una naturaleza que no lograba conocer.

Pareciera que Bernard Alione ya no oye nada.

-Es verdad -articula al fin Elisabeth Alione.

Silencio. La miran, pero ella vuelve a reclamar silencio sobre su vida.

-Podemos quedarnos en este hotel -dice Bernard Alione-. Un día.

-No.

-Como quieras.

Ella es la primera en salir. Bernard Alione no hace más que seguirla. Max Thor sigue de pie. Alissa y Stein, ahora separados, les miran.

Se oye:

-Ya han bajado las maletas.

-La cuenta, por favor. ¿Puedo darle un cheque?

Silencio.

-Cruzan el parque -dice Stein.

Silencio.

-Pasan junto a la pista de tenis.

Silencio.

-Ella ha sido la primera en desaparecer.

Crepúsculo. El sol se pone en el lago gris.

Crepúsculo en el hotel.

Stein está tendido en el sofá. Alissa está tendida encima de Stein. Con la cabeza apoyada sobre su pecho.

Duermen, largo tiempo.

Max Thor vuelve.

-He dicho que nos despierten alrededor de las seis -dice.

-Es la nacional 113 -dice Stein sin moverse-, hay que salir en Narbona.

-Eso es.

Max Thor se tiende en el otro sillón. Señala a Alissa.

-Descansa -dice Stein.

-Sí. Amor mío.

-Sí.

Max Thor ofrece un cigarrillo a Stein. Stein lo acepta. Charlan en voz baja.

-¿Tal vez hubiéramos debido dejar esa cosa en la sombra -dice Max Thor-, Elisabeth Alione?

-No hubiera habido diferencia.

Silencio.

-¿Qué es lo que hubiera sido posible?

Stein no contesta.

-¿El deseo? -pregunta Max Thor-. ¿El desgaste por el deseo?

-Sí, por el deseo de usted.

Silencio.

-O la muerte a través de Alissa -dice Stein.

Silencio.

Stein sonríe.

-Ya no tenemos elección -dice.

Silencio.

-¿Ella hubiera ido al bosque con Alissa? -pregunta Max Thor-. ¿Qué cree?

Stein acaricia las piernas de Alissa. La estrecha contra él.

-Ella es de quien la quiera. Siente lo que otro siente. Sí.

Silencio.

-Hubieran hecho falta unos días más -dice Stein-, para que ella se sometiera al deseo de Alissa.

-Era un deseo fuerte.

-Sí.

Silencio.

-No estaba claro.

-No. Alissa lo hubiera sabido en el bosque.

Silencio.

-La playa es muy pequeña -dice Stein-. Será fácil encontrarles de noche, o por las calles, o en los cafés. Ella se sentirá feliz de vernos.

Silencio.

-Diremos que nos detuvimos en Leucate camino de España. Que el lugar nos gusta. Que hemos decidido quedarnos.

-Que hemos decidido quedarnos, sí.

-Que en nuestro viaje pasábamos por allí.
-Sí.
Silencio.
-Descansemos -dice Stein.
Silencio.
-Lo veo todo -dice Max Thor-. La plaza. Los cafés. Es muy fácil.
-Sí, mucho. Ella es dulce, alegre.
-Descansemos -dice Stein.
-Sí -señala a Alissa-, ella descansa.
Silencio.
-Duerme bien -dice Stein.
Max Thor mira a Alissa dormida.
-Sí, con nuestro sueño.
-Sí.
Silencio.
-¿No ha oído algo?
-Sí. ¿Un crujido del aire?
-Sí.
Silencio. Alissa gime, se agita, luego se inmoviliza.
-Está soñando -dice Stein.
-¿O lo habrá oído también ella?
Silencio.
-¿Golpean sobre algo de cobre? -pregunta Max Thor.
-Pareciera.
Silencio.
-¿O ella lo soñó? ¿Ella no puede decidir sus sueños?
-No.
Silencio. Se sonríen.
-¿Ha dicho algo?
Stein mira a Alissa muy de cerca, escucha su cuerpo.
-No. Su boca está entreabierta pero no pronuncia.
Silencio.
-El cielo es un lago gris -dice Max Thor-, mire.
Silencio.
-¿Qué edad tiene Alissa? -pregunta Stein.
-Dieciocho años.
-¿Y cuando la conoció?
-Dieciocho años.
Silencio.
-Vuelve a empezar -dice Max Thor-. Esta vez es un ruido sordo.
-Algo ha chocado contra un árbol.
-Sí, el suelo tembló.
Silencio.
-Descansemos -dice Stein.
-Sí.
Silencio.
-¿Alissa no estará muerta?
-No. Respira.
Se sonríen.
-Descansemos.

Stein sigue sosteniendo a Alissa. Max Thor reclina la cabeza en el sillón. Transcurre un largo momento de descanso. El lago gris del crepúsculo ennegrece.

Sólo cuando la oscuridad es casi totalmente completa se percibe con claridad. Con una

fuerza incalculable en su sublime dulzura, ella se introduce en el hotel.

No se mueven, ríen.

-Ah -dice Stein-, era eso...

-Ah...

Alissa no se mueve. Ni Stein. Ni Max Thor.

Con una pena infinita, la música se interrumpe, recomienza, vuelve a interrumpirse, retrocede, arranca otra vez. Se interrumpe.

-¿Viene del bosque? -pregunta Max Thor.

-O de los garajes. O de la carretera.

La música arranca otra vez, intensa. Luego se interrumpe.

-Está lejos -dice Stein.

-¿Será un niño que habrá encendido la radio?

-Seguro.

Silencio. No se mueven.

Luego la música vuelve a empezar, más intensa. Dura mucho tiempo. Pero se interrumpe otra vez.

-De todos modos viene del bosque -dice Stein-. Qué pena. Qué enorme pena. Qué difícil es.

-Tiene que atravesar, atravesar.

-Sí. Todo.

La música vuelve a empezar. Esta vez con una amplitud soberana.

Se interrumpe otra vez.

-Llegará, va a atravesar el bosque -dice Stein-, ya viene.

Hablan entre música y música, en voz baja, para no despertar a Alissa.

-Tiene que quebrar los árboles, fulminar las paredes -murmura Stein-. Pero aquí está.

-Ya no hay nada que temer -dice Max Thor-, aquí está, es verdad.

Y ahí está, es verdad, quebrando árboles, fulminando paredes.

Se han inclinado sobre Alissa.

En su sueño, Alissa tiende su boca de niña en una risa absoluta.

Ríen al verla reír.

-Hay música en el nombre de Stein -dice ella.

***

## ***NOTA PARA LAS REPRESENTACIONES***

*En el teatro habrá un solo decorado; el comedor del hotel y el parque, separados por un ventanal amovible.*

*Sería preferible un decorado abstracto.*

*Debe utilizarse toda la profundidad del escenario. Una superficie alquitranada, en el fondo, sería el bosque.*

*Las pistas de tenis no se verían. Únicamente se escucharía el ruido del peloteo.*

*La figuración humana resultaría superflua. Se la puede evocar mediante la iluminación de los objetos: tumbonas, en círculo, aisladas, o frente afrente, blancas. En el comedor, manteles blancos de las mesas «ocupadas».*

*La música del final es de Juan Sebastián Bach. Se trata precisamente de la fuga n.° 15 de* El arte de la fuga *(numerada 18 o 19 -de acuerdo con la clasificación de Graeser- según la*

*casa editora).*

*La pieza debería ser representada en un teatro de dimensiones medianas, preferentemente moderno.*

*No habría ensayo general.*

*Alissa es de estatura mediana, más bien pequeña. No aniñada, niña. Sus movimientos deben ser muy sueltos. Lleva tejanos y está descalza. Tiene el pelo mal peinado, tupido, rubio o moreno.*

*Stein y Max Thor tienen más o menos la misma estatura. Llevan traje, sin ningún descuido en su vestimenta.*

*Stein tiene un andar rápido, a zancadas.*

*Max Thor camina lentamente. Habla mucho más lentamente que Stein.*

*Nadie grita. La indicación es de orden interior.*

******